J. ANDRES DE PRADA

TODA UNA MUJER

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

TODA UNA MUJER

TODA UNA MUJER

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

J. ANDRES DE PRADA

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL, el 13 de diciembre de 1919



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

TELÉFONO. M. 551

1920

Al Marqués de Foronda,

mi ilustre maestro y amigo, en homenaje de todas las admiraciones y los respetos de

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CHARITO	Concha Torres.
MARISOL	Guadalupe Muñoz Sampedro.
CANDELAS	Trinidad Gálvez.
BÁRBARA	María Comendador.
JUAN MARÍA	Manuel Soto.
DON MANOLITO	Manuel Vigo.
DON JUAN NOGUERAS	Constante Viñas.
CAMISILLA	Fernando Aguirre.
PANCHO	Manuel Molina.
FABIÁN	Francisco Cejuela.
AMBROSIO	Julián Pérez de Avila.
CARTERO	Carlos Domínguez.

NOTA: Esta obra fué estrenada el mismo día que en Madrid, en el Teatro Principal de Cádiz. por la compañía de los notables artistas. Pepita Meifa y Benito Cibrian; y en el beneficio de la primera actriz, señorita Amparo Fernández Villegas, en el Principal de Zaragoza, por la del eminente actor Francisco Morano.

A estos artistas, así como a la Empresa del Coliseo Imperial, y al director artístico del mismo, el brillante escritor Buenaventura F. Vidal, que con admirable propiedad y gusto escénico montaron la obra, significa el autor sus gratitudes.

ACTO PRIMERO

Patio de una vieja casa solariega en un pueblo andaluz. Cancela calada al foro, tras la que se divisa el campo. Los muebles, pocos y sencillos; a manera de arriate, macetas con flores. Sobre la cancela, un escudo nobiliario, y frente a él el típico farol de los caserones andaluces. A la derecha de la cancela, en chaflán, una ventana, que, igual que las puertas laterales derecha e izquierda, están cubiertas por cortinas de lienzo, en las que campean la corona de marqués y el escudo señorial.

—

(Por detrás de la cancela, el CARTERO. Tira del cordón que pende de ella y suena en el interior la campanilla.)

(Dentro replica BARBARA.)

Bárb. ¿Quién es? ¿Quién yama?

Cart. Cartero.

Bárb. Vá en seguida. (Sale por la derecha abriendo la cancela. Recoge la carta.)

Cart. Pa don Juan Noguera, dos cartas.

Bárb. (Mirándolas.) Y que una, por el sobre, no es difísil saber de dónde viene.

Cart. De América. ¿Verdad?

Bárb. De las mismas Américas de Cristoba Colón.

Cart. Y oiga usted. ¿Se le ha muerto alguien a don Juan Noguera por allá?

Bárb. Es verdá, que osté como é cartero nuevo...

Cart. Por lo mismo.

Bárb. Pue alguien se ha muerto. Y de la familia. Sí, señó. ¿Osté no ha sentío nombrá a don Pancho Noguera, el hermano de don Juan?

Cart. ¿Ese que disen que hase quinse años fué sin un chavo y hoy apalea las onsas?

Bárb. El mismo. Pues de ese es la carta y suya la desgrasia, que el mes pasao hiso dos años que murió su pobresita mujer. De aquí se fueron muy malamente, sí señó, y ella con tó er dolor de su alma, por dejá esta tierra en la que había nasido su niña, la señorita Rosario, que ahora disen en las cartas que está hecha una real mosa. Tuvieron suerte, ganaron dinero, y cuando se iban a venir pa España. ocurrió la desgrasia. Cosas del sino y del destino.

Cart. Vaya, pues, con Dió y dé usted el pésame a don Juan de mi parte.

Bárb. Muchas grasias. (Vase el cartero. Cierra Bárbara la cancela.)

(Por la izquierda, MARISOL, muy limpita, muy planchadita y con tantas flores en el pelo como alegría en su cara morena.)

Mar. ¿Con quién hablaba usté, mare?

Bárb. Con er cartero.

Mar. ¿Y pa quién es la carta?

Bárb. Pa don Juan son las dó. Y una é de América.

Mar. ¿De América?

Bárb. De América.

Mar. Traiga que se la yevo.

Bárb. Eso é; traiga usté que se la yevo, como si ya en la casa no hubiera otra cosa que hasé, digo, y entoavía no ha amanesío Dió y ya se ha emperegilao mi niña.

Mar. ¿Pero yama usté emperejilarse a ponerse un trajesito limpio y a yevá una flores en er pelo?

Bárb. Lo yamo a que va siendo demasiá presunsión la tuya, y a que no te hayas figurao que eres la hija der duque de Alba.

Mar. Ca uno es como es, mare; y yo soy así.

Bárb. Pos a vé si de una guantá te voy a vorvé yo der revé.

Mar. ¿Se ha levantao usté así pa to er día?

Bárb. Me he levantao así pa to er año, con que a presumí menos y a fregá má.

Mar. Eso de fregá...

Bárb. Es lo que vas a hasé tú ahora mismo. ¡Vaya con la niña! Y menuda fama que está criando por er pueblo. A tí no hay chaval que se t'aserque, que con tanta presunsión cualquiera se atreve con la mosita.

Mar. Ya hay uno.
Bárb. ¿Sí? ¿Argún desesperao?
Mar. Cami-iya.
Bárb. ¿No lo dije?
Mar. ¡Miusté que pretenderme Camisiya a mí! Un niño tan bruto, tan bruto.
Bárb. Pos no le despresies tanto, que pué sé que sea el único que te diga argo.
Mar. Monja primero. ¿Camisiya mi marío? ¡Uf!
Bárb. Y a otra cosa. ¿Se ha levantao don Manué?
Mar. Me parese que sí.
Bárb. Pos vé a serrá la despensa. Miá que es castigo er buen señó. Con aquello de que no pué trabajá sin estar inspirao, y no pué inspirarse sino después de comé bien y bebé mejó, anda que sarta por comerse y beberse todo lo que piya a mano.
Mar. Pero hase unos versos muy bonitos. El otro día dise mi pare que les leyó una cosa que él llama una «ola» a las viñas, y que era tarmente estar viendo er mosto.
Bárb. ¿Y tu pare te ha dicho que lo veía?
Mar. No muy claro, porque ya habían trasegao lo suyo, pero sí, señora.
Bárb. Pos mía tú si le diera por hasé otra ola de esas a las pesetas, a ve si las veíamos por acá, que si no fuera por ese bendito de don Juan, que con sus cincuenta años aún se levanta er rayá er día y trabaja hasta anochesío, apañaos andaríamos toos en la casa; que lo que é su hermano er tal don Manolito Noguera, y su hijo er gandulaso der señorito Juan María, er marquesito de los Arenales, que no sé pa qué le dejó su abuelo la corona de marqués sin dejarle también cuatro chavos pa apuntársela bien; lo que é esos dos, son una ayuda para cualquier casa.
Mar. ¿Anda por aquí er señorito?
Bárb. Tumbao debe estar por cualquier sillón. Si fuera hijo mío, ya le iba a dar yo marquesao y gandulería y...

(Dentro se oye la voz de CANDELAS.)

Cand. Bárbara.
Mar. Que la yaman a usted.
Bárb. Voy. Es la señorita Candela, otra mártir. Y ésta más que tóos. ¡Miá que irse a enamorá de ese pedaso de gandul!

Mar. Que es er señorito, mare, y será tóo lo gandul que usté quiere, pero é marqués. ¡Ay, un marqués!

Bárb. Eso é lo que te haría farta a tí, ¿verdá? Un marqués...

Cand. Bárbara.

Bárb. Ya voy, señita. Y tú ya estás yendo a tu cuarto y quitándote esos trapos y subiendo pa la cosina a ayudarme.

Mar. Los trapos conseguirá usté que me los quite, pero lo que é subir yo a la cosina... (Vase por segunda derecha.)

Bárb. ¡Ay! Qué condenasión de niña.

(Por primera derecha, CANDELAS con un cesto de ropa.)

Cand. Pero mujer, ¿no me oyó?

Bárb. Ya iba, señita; pero é que le estaba riñendo a esa hija mía, que lo meno se ha figurao que é la reina de España.

Cand. Me han dicho que tiene novio.

Bárb. Un desesperao hay que la pretende: Camisiya; un poquito bruto, sí que es verdá, pero muy trabajaor y muy honrao. Ahora que a la niña le parese poco pa eya, y está esperando a un armirante que tié que llegá en un barco de plata.

Cand. Me hace usted reir sin ganas. Ande, ayúdeme a repasar esta ropa.

Bárb. Deseguida vuervo, que me he dejao la comida en el fuego. (Vase por segunda derecha.)

(Candelas deja el cestillo en el suelo, se sienta en una silla baja y cose. Por segunda izquierda JUAN MARIA, que sin decir nada coge una silla, la pone delante de un sillón y se tumba.)

Cand. Buenos días, Juan María.

J. Mar. ¡Hola!

Cand. ¿Has salido esta mañana?

J. Mar. No.

Cand. ¿Te has levantado muy temprano?

J. Mar. Ahora mismo.

Cand. ¿Y estás cansado ya?

J. Mar. Estoy cansado. (Pausa.) ¿Dónde está Bárbara?

Cand. Ahora viene. ¿Qué querías?

J. Mar. Que me he dejado le pitillera encima de la mesa.

Cand. Yo te la traeré.

J. Mar. ¿Tú?

Cand. Sí, hombre; no me es molestia.

J. Mar. Bueno.

Cand. (Vase por primera izquierda; mientras, él, silba una cantinela popular. Vuelve Candelas con la petaca.) Toma.

J. Mar. Enciende. (Sin coger la cerilla que ella le da, él acerca el cigarro, lo prende.) Gracias (Vuelve ella a su sillita de costura y él fuma indolentemente y silba de nuevo el estribillo de un cuplé popular.)

Cand. Juan María...

J. Mar. ¿Qué?

Cand. Quisiera hablarte.

J. Mar. Habla.

Cand. Pero es que temo que te enfades.

J. Mar. Pues no hables.

Cand. Sí, mejor es callar. Al fin y al cabo, de lo que te dijera no habías de hacer caso ninguno.

J. Mar. Si es lo que me estais diciendo siempre, desde luego que no; y por lo visto, la muletilla no se os cae de los labios: Juan María, ¿por qué no estudias? Juan María, ¿por qué no trabajas? Juan María, ¿por qué eres así? y Juan María ya está harto de contestar que no estudia ni trabaja porque no le da la gana, y que es así porque no es de otro modo. Además, ¿para qué voy a estudiar, como quiere mi padre? ¿Qué voy a sacar del estudio?

Cand. Si nadie te fuerza a que estudies y menos tu padre, que al no hacerlo cuando era razón... pero siquiera que le ayudes en algo.

J. Mar. Trabajando en el campo, ¿no?

Cand. Yo no sé.

J. Mar. Ahí, con los gañanes, como si yo fuera otro como ellos.

Cand. Allí está tu padre y no es como ellos.

J. Mar. Claro, y así se olvidan que es el amo, y hasta se le burlan cuando tuerce el gesto. Y si después de todo se saliera de pobre, pero ya ves; antes cuando mi padre estaba en su despacho, y allí venía a darle cuentas el administrador, había dinero de sobra y éramos los señores; ahora, cuando trabaja como un negro, anda escaso el dinero y no somos más que los amos, y ya casi tampoco. Comprenderás que para ese porvenir no es preciso que me moleste en trabajar.

Cand. Yo comprendo poco, Juan María, y aún quisiera comprender menos, pero desde que me trajísteis con vosotros, y por la caridad que me hacéis, ¿qué sé yo?, pero me gustaría que tuviérais sobra de todo y que fuérais felices, muy felices, sobre todo tú, Juan María, y ya sabes por qué.

J. Mar. ¿Lagrimitas ahora?

Cand. No, ya no lloro; ya me he hecho a tus desprecios.

J. Mar. Yo no te desprecio.

Cand. Pero no me quieres tampoco.

J. Mar. Sí te quiero, Candelas.

Cand. No, ya no. Y tal vez sea porque el cariño es afán y es lucha y tú no quieres tenerlos ni aun para eso. Cuando me trajeron los tíos a vivir aquí, ya sabía, porque el pobre papá me lo dijo muchas veces, quién eras y cómo eras; y no teniendo otro modo de pagarle a tu padre el bien que me hacía recogiéndome, pensé ¡si yo pudiera hacer un hombre de Juan María!, y me puse a ello, y hasta me pareció conseguirlo; que en aquellos primeros meses, no sé si por la novedad de ver a tu lado una mujer joven, o por el cariño que parecías tenerme, cambiaste un poco, muy poco, pero lo bastante para que tu padre me dijera un día: «Quiérele, Candelillas, quiérele, a ver si tu cariño de novia consigue lo que el mío de padre no ha podido lograr; anímale, que trabaje, que viva, que se haga un hombre, que aprenda a serlo, y como lo consigas, para ti harás.» Y yo, que ya te quería con toda mi alma, y que por quererte ponía más afán en conseguirlo, desde entonces no tuve otra ilusión que esa; que trabajaras, Juan María, que fueras un hombre, el hombre que quería tu padre para ti, y que yo soñaba para mí.

J. Mar. ¿Sabes que te ha salido el párrafo muy redondito?

Cand. Eso, búrlate encima. (Con rabiosa contrariedad.)

J. Mar. No, te lo digo en serio. Y si te oyera el tío Manuel más en serio te lo diría. Tú acabarás haciendo versos como él.

Cand. Menos mal que acabaré haciendo algo, cosa que no lograrás tú en la vida.

(Por segunda derecha DON MANUEL.)

Man. ¿Tiempo de borrasca? ¡Media vuelta!

J. Mar. No se vaya usted, tío Manuel.

Man. Es que a mí no me cortáis la inspiración y acabo de desayunarme opíparamente. De modo, que si vais a seguir riñendo...

Cand. No tenga usted cuidado, tío Manuel. Puede usted hacer la digestión con tranquilidad y llamar a las musas también tranquilamente. Se han acabado las riñas.

Man. Dios lo quiera.

Man. ¿Desayunaste, Juan María?

J. Mar. No. Se han olvidado de subirme el chocolate.

Man. No puedes negar tu rango. Eres el gran señor en todo. Por no molestar no almuerzas.

Cand. ¿Está usted seguro que ha sido por no molestar o por no molestarse en pedirlo?

Man. Es igual, en ambas cosas hay señorío. Yo soy lo mismo. Tampoco me había servido Bárbara el desayuno. Y no la he llamado. Y no lo hubiera tomado a no ser que al pasar por el comedor vi tres suculentas lonchas de jamón en dulce, y me dije: «Entre molestar y que me hagan un chocolate, y no dar que hacer y comerme estas lonchas, opto por lo último.» Señoría, pura señoría.

Cand. Y más substancia.

Man. Ya sé que Bárbara, esa vulgar y prosaica mujeraza que tenéis en la cocina, mi enemiga mortal, pondrá el grito en el cielo; pero, hijos míos, es preciso para trabajar inspirarse, y para inspirarse hay que comer bien, y en esta casa desgraciadamente no se come.

Cand. Ni se trabaja.

Man. ¿Qué dices?

J. Mar. No la haga usted caso. Es igual que mi padre. Todo lo arreglan con esa palabra: trabajo. ¿Sabe usted por lo que reñíamos? Porque sueña conque yo vaya al campo con un azadón.

Man. ¿Tú? ¿Todo el señor Marqués de los Arenales? Candelas, no sabes lo que te dices.

Cand. Lo que no sé es de qué modo entienden ustedes la vida.

Man. Pues te lo voy a decir en unos versos míos que hice ayer. Oyelos. (Cómicamente va accionando lo que marca el verso.)

Hurtar la vista al sol, y en la penumbra
buscar descanso.
Los brazos enarcados,
las manos en la nuca,
la cabeza, hundiendo el almohadón de le-
[ve pluma;
lentamente, dejar caer el cuerpo
en suave resbalar,
cerrar los ojos, bostezar,
ahuyentar de la frente el pensamiento,
cruzar las piernas
y darle al dulce sueño rienda suelta.

(Y acaba por tumbarse en el otro sillón, y con otra silla haciendo «pendant» a Juan María.)

J. Mar. Tiene usted razón, tío Manolito, esta es la vida.

Man. La perra vida, hijo.

(Rápidamente Candelas recoge en el cestillo la ropa que cosía, y rompiendo a llorar sale por primera izquierda.)

J. Mar. Candelas, Candelas.

Man. ¿Se ha ido?

J. Mar. Y se ha ido llorando.

Man. La emoción de la poesía.

J. Mar. Es una niña boba.

Man. Pero muy requeteguapa.

J. Mar. Eso sí.

Man. Sin embargo, Juan María, tú debes hacerme caso. Y no es que a mí no me parezca buena Candelillas, porque vamos, sobrina mía es y la quiero, pero no es a eso a lo que tú debes aspirar. Con tu porte, con tus años, y sobre todo con tu pomposo marquesado de los Arenales... ¡Si yo estuviera en tu pellejo!...

J. Mar. Verdaderamente tiene usted razón.

Man. Mira, en Granada hay una muchacha, tú ya la conoces, la hija de Perdiguero el acaparador; nueve millones de dote... y loquita por ti. Te vió en los toros en la becerrada aquella benéfica, y chico, Julieta odiaba a Romeo al lado de la pasión que te profesa la Perdiguero.

J. Mar. Sí, sí, ya lo sé.

Man. Además, el padre que es amigo mío, y que también me ha insinuado algo, se volvería loco de contento. Pondría el escudo hasta en los envases de las latas del petróleo.

J. Mar. Todo eso estaría muy bien si yo no quisiera a Candelas, pero...

Man. ¡Bah, bah! No seas tonto, no ligaríais nunca; seríais dos desgraciados, y lo que es peor, sin un cuarto. Decídete a seguir mi consejo. ¿Quieres que yo prepare el terreno? Y te lo digo porque sé que no eres capaz de moverte de esa silla ni para pescar los nueve millioncejos.

J. Mar. Haga usted lo que quiera. Estoy hastiado de esta vida.

Man. Chócala. (Desde una silla a la otra se dan la mano.) (Por segunda derecha BARBARA, que irá a colocarse en medio de los dos.)

Bárb. Venía a preguntá. ¿Pero pa qué? Usté ha sío.

Man. ¿Qué dices, bestia?

Bárb. Me llamo Bárbara.

Man. Es igual.

Bárb. Pasemos porque sea igual bestia que Bárbara, pero pasemo porque no va sé lo mismo no comé prinsipio que comerlo.

Man. ¿El jamón?

Bárb. Er jamón, sí, señó; er jamón que había dejado yo sobre la mesa y en un descuio se lo ha sampao er miau que tenemo en la casa.

Man. A mí no me compares con un minino ¿eh?

J. Mar. ¡Ja, ja, ja!

Bárb. No se ría usté, señito Juan María, que eran tres lonchas asín de grandes.

Man. Eres hiperbólica, Bárbara.

Bárb. Mire usté, don Manolito, lo de bestia se lo he pasao a usté porque sé lo que e, pero eso que me ha yamao usté ahora, no se lo tolero yo ni a mi pare. Malo que se coma usté er jamón, pero insurtarme ensima en fransé, no, señó, eso sí que no. Y ahora mesmito me voy yo a buscá ar señó don Juan y se lo planto to, to, y to, eso é.

J. Mar. ¡Ja, ja, ja!

Bárb. Y usté haga er favó de no reirse, señito Juan María, porque é que no me pueo descuidá ni dejá na por ninguna parte sin que su tío de usté se encargue en enguyírselo. Pero señó, ¿es tantísimo er trabajo que usté jase pa comer tanto?

J. Mar. Ya salió aquello.

Bárb. Pos sí que salió, sí, señito, sí salió; que se

le ensiende a una la sangre como pórvora de vé a dos hombres en esa postura tóo er día.

Man. Bestia, no seas bárbara, digo... Bárbara, no seas bestia.

Bárb. ¿Pero es que ustés son de corcho o de qué son ustés?

J. Mar. Calla.

Bárb. No, señó, no callo, ea; que parese mentira que sean dos hombres como dos castillos y que no sirven pa na. Por argo no ha habido mujé que cargue con ustés pa casarse.

J. Mar. ¿Quieres callar?

Man. No te excites, Juan María, haz lo que yo. ¡Bah!

Bárb. ¡Bah, bah! To lo arreglán ustés con lo mismo, ¡bah!, y que me llenen la tripa, ¡bah! Y que no me farte un duro en er bolsiyo, ¡bah! Y que mientras nosotros nos tumbamos a la larga ande la casa manga por hombro, y er pobre viejo de don Juan esté regando con su suor la tierra pa que er bragasas de su hermano y el pantalonaso de su hijo...

J. Mar. Ea, se acabó. A la cocina o a la calle o a donde te dé la gana, pero fuera de aquí.

Bárb. Señito Juan María, que...

J. Mar. Fuera he dicho. No faltaba más, hombre, sino que los criados se insolentaran. Ahora mismo coges tu ropa y pides la cuenta y te largas.

Man. Juan María, no te excites, hijo.

J. Mar. ¿Has oído? Ahora mismo.

Bárb. Pos sí, señó, ahora mismo; ahora mismito yo y mi marido y mi chiquiya, los tré nos vamo a ir, que aquí hemo entrao pa trabajá y se nos está pegando la gandulería de usté y de ese otro grandísimo sángano.

J. Mar. Calla o... (Levantándose.)

Bárb. (Al ver su actitud dice satisfecha.) Grasia a Dió que se le ha movío a usté la sangre y que se ha movío osté der siyón. Ya era hora. (Vase por la segunda derecha.)

J. Mar. ¿Pero ha visto usté?

Man. Vanalidades. Oye: tengo arriba una botellita de Jerez de primera. ¿Quieres que hasta la hora del almuerzo nos subamos a mi cuarto, y allí, cómodamente, balanceándonos en las mecedoras, nos la bebamos?

J. Mar. Como usted quiera.

(Trabajosamente se levanta don Manuel)

Man. Pues andando. (Y dando el brazo a su sobrino vanse por segunda izquierda en actitud de indolencia y bostezo.) Claro que hay que subir unos cuantos escalones, pero... (Mutis.)

(Por segunda derecha, MARISOL, y tras ella CAMISILLA, un muchachote del campo lo más bruto posible y lo más terco posible también.)

Mar. Mira, Camisiya, lo primero y lo úrtimo que te pido, es que me dejes en pas.

Cam. Güeno.

Mar. Y que no te hagas ilusione. No seas tonto, porque yo no me peino pa ti.

Cam. Güeno.

Mar. No fartaba má. Poquito que se me iban a reir a mí en er pueblo.

Cam. Eso de reí había que irlo pensando; me tengo yo más puño que estropeá muelas que... ¡míralos! ¡Pa er que se ría!

Mar. Pero aunque no se rían, Camisiya, si yo no te quiero...

Cam. Eso a mí no me importa; lo que me importa e que yo te quiero a ti.

Mar. ¿Pero tú te mira al espejo?

Cam. Siempre que te tengo delante.

Mar. Grasia por er requiebro. Pero responde: ¿Tú te has fijao en la diferensia que hay entre tú y yo?

Cam. Sí que me he fijao; pos por eso te quiero. me he fijao en que semos mu diferente, porque tú eres una mujé y yo soy un hombre.

Mar. Y argo má; que yo soy una mosita mu pinturera y tú eres un mosito mu requetebruto. ¿Y cómo no íbamos a ligá?

Cam. Eso lo veríamos luego.

Mar. Además, ¿tú pa qué ibas a cargá conmigo? Pa estorbo na má. Porque yo soy la mujé más inúti de la tierra. A mí no me mandes freí un huevo, porque no asierto con er punto. Y, ¿qué ibas tú a hasé con una mujé que no sabe freí un huevo?

Cam. Pos comérmelos cruos.

Mar. Yo no sé lavá un mal trapo, ni planchá una camisa, ni remendá un calsetín, ni prepará un gaspacho, ni removém un corchón.

Cam. Tampoco sé yo hasé nada de eso y te quiero.

Mar. Yo me levanto, me peino, me lavo, me vis-

to de limpio, me pongo una fló en er pelo y ya lo tengo tó hecho.

Cam. Güeno, pos a mí me avisas cuando haigas acabao la faena esa, me pongo a mirarte y ya lo tengo tó echo también.

Mar. ¿Y comeremos arpiste, no?

Cam. Si a ti te gusta, güeno.

Mar. Aluego fíjate, que hasta en er nombre nos diferensiamo. Tú te llamas Pedro, y en vé de desite la gente argo grande como Don Pedro er Crué o San Pedro de Roma, te dise Camisiya. Yo me yamo María de la Soleá, y en vé de yamarme María o Soleá, que los dos nombres están bien, me disen Marisol... fíjate bien, Mar... i... sol, las dos cosas más grandes de la tierra... ¡Eh! ¿Y en eso, no hay diferensia?

Cam. Mañana voy yo disiendo por ahí que me yamen mapa-mundi o globo terráqueo, y a vé quién es má.

Mar. ¡Ah! Y otra cosa que se me orvidaba: yo no pueo ver ni en pintura a los chiquiyos. Tú me dirá qué íbamos a hasé al casarnos y tené criaturas.

Cam. Regalárselas a los amigos.

Mar. ¿De móo y manera que no encuentras obstáculo ninguno?

Cam. Ninguno.

Mar. ¿Y que piensas cargá conmigo a pesar de tó?

Cam. A pesar de tó.

Mar. Pos, hijo, lo siento, porque te vas a llevá unas calabasas así de grandes.

Cam. Las pongo a secá y cabeyo de ánge.

Mar. Y desde ahora mismito te digo que no.

Cam. Güeno.

Mar. Que no.

Cam. Güeno.

Mar. Y que no.

Cam. Güeno.

Mar. ¿De modo que estás conforme?

Cam. Conforme.

Mar. ¿Y no me vas a vorvé a hablá una palabra más del asunto?

Cam. Por mí ya está tó hablao.

Mar. Así me gustan a mí los hombres, que entiendan las cosas.

Cam. Y así me gustan a mí las mujeres, que las sepan desí.

Mar. Güeno, pues... vé con Dió, Camisiya.
Cam. Quéate con é, Marisol.
Mar. Y ya nos veremos, porque tú por eso no dejará de vení por aquí.
Cam. No dejaré de vení porque no me pienso marchá.
Mar. ¿Eh?
Cam. Que desde esta mañana estoy ar servisio de don Juan.
Mar. ¿Tú?
Cam. Se lo pedí anoche, le dije que tú y yo nos íbamos a casá pronto y...
Mar. ¿Que nos vamo a casá tú.. y... yo?
Cam. O yo y tú... que es lo mismo.
Mar. (Con cómico desprecio.) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto! ¿Pues no es capás de creerse que sí? (Vase por segunda derecha.)
Cam. (Imitándola.) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonta! ¿Pues no es capás de creerse que no? (Vase por segunda derecha.)
(Por foro FABIAN, que llama a la campanilla. Dentro BARBARA.)
Bárb. Va. (Saliendo y abriendo.) Güenos días. (La cancela queda abierta.)
Fabián Güenos días. ¿Está er señorito Juan?
Bárb. Está.
Fabián ¿Quié usté hasé er favó de yamarlo?
Bárb. Pué que sea él er que no quiera hasé er favó de bajá, pero lo yamaré.
Fabián Dígale osté que está aquí Fabián el de Verillo. (Bárbara vase por segunda izquierda. Fabián queda en el centro de la escena en tímida actitud y dando vueltas al sombrero. Por segunda izquierda sale JUAN MARIA.) Güenos días, señorito.
J. Mar. Buenos días. ¿Qué quieres?
Fabián Señorito, yo sentiría que usté se incomodase... y por mí le juro que las piernas me han empesao a tembiá desde media legua antes de yegá a la casa, pero...
J. Mar. Acaba de una vez, que no estoy para perder el tiempo.
Fabián Como usté mande; pero lo que yo tengo que desí, en dos palabras está dicho, y lo que es meneste, es que usté no se ofenda y se haga la cuenta dé que cuando un servidó tan leal como yo da este paso...
J. Mar. ¿Quieres acabar?
Fabián Sí señó, señorito.

J. Mar. Pues habla.

Fabián Yo no sé si er señorito s'habrá orvidao que va pa tres meses subió a Verillo por las fiestas y ayí me vió y me habló, y como er señorito sabía que yo pa los Nogueras he sió talmente un perro...

J. Mar. Sí; no me repitas la historia; jugué en el Casino, perdí, te pedí mil pesetas y me las prestaste. Yo te lo agradecí y te lo agradezco y estoy dispuesto a pagártelo en cuanto pueda.

Fabián Pero es que es er caso, señorito, que er señorito me dijo que me las vorvería a la semana siguiente.

J. Mar. Así pensaba hacerlo, pero no he podido.

Fabián Sí, señó, si yo lo comprendo, y yo me lo figuro, pero aquellas pesetas eran las que yo tenía guardadas pa pagar el arriendo de las tierras, y el arriendo va pa un mes y pico que vensió y yo no tengo un chavo más en la casa... y antes que venga la justisia y nos plante en la caye...

J. Mar. ¿Vienes a pedirme el dinero, no?

Fabián A pedirlo talmente, no, señorito. A vé si usté podía hasé er favó de darme siquiera la mitá.

J. Mar. Pues no puedo.

Fabián Es que el amo me ha enviao a su mayoral a desime que tampoco espera.

J. Mar. Pues mira a ver cómo te arreglas para que espere un mes más. Ahora no puedo dártelo.

Fabián Miste, señorito, que no pué sé.

J. Mar. Pues tampoco puede ser que yo te las dé. ¡Ea!

Fabián Misté, señorito, que ayá en la casa están mi mujé y los sinco chiquiyos esperando con toas las ansias der mundo a que yo vuerva con er dinero pa pagá, que nosotros nunca hemos debío ná a naide y la cara se nos caería de vergüensa de vernos en la caye por tramposos.

J. Mar. Eso es decirme a mí que lo soy.

Fabián Eso é, y usté perdone que hable así, que sería una triste grasia que un hombre que ha estao tóo un año trabajando pa ahorrá unas pesetas y pagá con eyas ar que le da er pan, se vea en mitá e la caye y con la honradés

en el arroyo, porque un señorito que no ha dao un gorpe ar trabajo en su vía, se haya jugao en una noche lo que no era suyo y pidió prestao sin sabé si lo podía pagá.

J. Mar. ¡Fabián! (Yendo hacia él provocativo.)

Fabián ¡Señorito!

(Un poco antes de finalizar la escena, habrá aparecido por el foro DON JUAN NOGUERA, que se detiene hasta este momento.)

Nog. ¿Qué es eso, Juan María?

Fabián Güenos días, señó don Juan.

J. Mar. Nada, papá, éste que venía...

Nog. No es menester que me lo cuentes, que lo he oído todo.

Fabián Yo, señor don Juan, yo no hubiera dao este paso...

Nog. Tú has venido a pedir lo tuyo y estás en tu derecho y lo tendrás.

Fabián ¿De veras, don Juan, que?...

Nog. Esta tarde te lo subirá Bárbara.

Fabián Yo no sé cómo darle a usté las grasias, señó.

Nog. De ninguna manera.

Fabián Tampoco sé cómo pedirle perdón al señorito por...

J. Mar. Por mí está perdonado.

Nog. No eres tú quien debes contestarle.

Fabián Pos muchas grasias y quen ustés con Dió. (Medio mutis.) Y no tengan ustés en cuenta esto que me ha obligao a hasé la nesesidá, pero es que ya veía a mis chiquiyos en mitá e la caye, y son sinco, y los sinco caben bajo una tasa...

Nog Vé con Dios, y vé tranquilo.

Fabián Muchas grasias, don Juan... y a usté también, señorito... muchas grasias... muchas grasias... (Vase por foro repitiendo la frase con mal disimulada emoción.)

Nog. Ahora tú dirás, Juan María, de dónde sacamos esas mil pesetas para pagar tus vicios.

J. Mar. Yo las hubiera pagado.

Nog. ¿Tú? ¿Y de dónde? ¿De tus rentas o de tu trabajo?

J. Mar. Papá.

Nog. Hijo, digo yo. ¿Es que piensas seguir siempre así? ¿Es que te has figurado que yo puedo seguir manteniendo tus vicios y pagando tus cuentas?

J. Mar. Yo...

Nog. Pues te equivocas, redondamente te equivocas. Para pagar otra trampa tuya, hace veinte días, hube de malvender una parte de la cosecha. Para pagar ésta, tendré que tirar a la calle otra. Ya no basta que yo pase el día pegado a la tierra arañando en ella para que comáis vosotros, ni que en la casa no aprovechen los cientos de pesetas que de América, para ayudar nuestra pobreza, ¿lo oyes bien? nuestra pobreza, manda mi hermano. Al señorito le ha dado por tirar el dinero y es poco el que se gana en la casa para él.

J. Mar. Yo no pido nada.

Nog. Peor que si lo pidieras; lo robas.

J. Mar. ¡Papá!

Nog. Lo robas. Y como en mi casa y en mi familia eso no lo tolero, desde mañana, lo que comas o lo que gastes, lo ganas, y si no sabes ganarlo, tú verás de dónde sacas lo que hasta ahora has tenido porque tu padre lo ha ganado para que el niño lo derroche.

J. Mar. Tiene usted razón. Desde mañana, desde hoy, yo me lo buscaré.

Nog. ¿Y cómo te lo vas a buscar, desgraciado?

J. Mar. Poniendo en venta lo único que es mío y bien mío.

Nog. ¿Tu marquesado?

J. Mar. Mi marquesado. Y va a ser ahora mismo, ahora mismo. Tío Manuel, tío Manuel. (Vase por segunda derecha. Por primera izquierda BÁRBARA.)

Bárb. No me diga osté na, don Juan. Er niño.

Nog. El niño, Bárbara, el niño.

Bárb. Pos déjele osté que se vaya con Dió, y en busca de esa miyonaria que el bragasas de su tío, y osté perdone, le va a buscá pa sostener la corona.

Nog. Por mí, que haga lo que quiera.

Bárb. Y tome usté estas cartas, que una viene de ayá y que pué que traiga buenas notisias. (Las saca del bolsillo del delantal.)

Nog. (Sentándose a leerlas.) ¡Ay, señor!

Bárb. El almuerso ya está. Cuando usté quiera. (Por segunda derecha MARISOL.)

Mar. Señó, señó, por er camino reá vié hasia acá un artomovi.

Nog. ¿Un automóvil?

Mar. Sí, señó, y sacando er pañuelo los que van dentro, como si quisieran saludá a los de acá.

Nog. (Que ha salido al foro.) ¿Eh? Pero... ¿qué veo? ¡Si es Pancho! ¡Es mi hermano! (Llamando.) ¡Manuel! ¡Candelas! ¡Juan María! ¡Juan María! (Y vase por foro)

Man. (Saliendo.) ¿Qué pasa? ¿Hay fuego?

Bárb. Que don Pancho y la señita Charito acaban de yegá, que están aquí ya.

Man. ¿Que están aquí? (Vase por foro.)

Bárb. Vamos, y que nos piye sin postre por habérselo enguyío ese elefante.

(Queda Bárbara sola en escena arreglando los muebles. Fuera se oye el murmullo de las bienvenidas y a poco, por foro, salen DON JUAN NOGUERA, PANCHO, CHARITO y MARISOL. Charito y don Pancho visten de luto riguroso. Ella, elegantísima y tienen marcado acento argentino.)

Nog. Por aquí; pasar, pasar.

Pancho Os hemos sorprendido, ¿no?

Nog. Figúrate.

Char. Ha sido cosa mía, tío Juan. Papá quiso poner un radio desde alta mar, pero yo me opuse; así era má grata la sorpresa.

Bárb. Buenos días, señita Rosario.

Char. Es Bárbara, ¿no?

Bárb. La misma, señita. ¿Aún se acuerda usté?

Char. No he de acordarme, viejita, abrasáme no más. y tuteáme como siempre. (La abraza.)

Bárb. Mi hija.

Char. Linda pebeta. ¿No, papá?

Pancho Como la madre.

Bárb. ¡Ay! Muchas grasias, don Fransisco.

Man. Bueno, dejarse de zalemas y que vayan a arreglarse. Vendrán rendidos y con hambre.

Bárb. ¡Ay, señó que por unos minutos má, no le van a quitar a usté la sopa der plato.

Char. No, no estamos cansados. Dormimos anoche en Cádiz y el viaje en automóvil, muy cómodo; dos horas de Cádiz acá.

Nog. Pues entonces, sentarse.

Pancho ¿Y Candelas? ¿Y Juan María?

Char. Desis verdad. ¿dónde andan? ¿Qué hase Juan María que no viene?

Nog. Ahora bajarán. Como nos ha pillado tan ajenos este viaje... Sube a avisarles, Marisol. (Vase Marisol por segunda izquierda.)

Man. (A Bárbara mientras se sientan.) Tú no pintas ya nada aquí, Bárbara. Vete al corral y todos los huevos que hayan puesto las gallinas, al comedor.

Bárb. Sí, señó... Sí, señó... Y si quié usté que suba también las gayinas y los gayos y hasta la empalisá de la corralisa, la subiré. (A Pancho y Charito.) Con permiso de ustés voy a prepará er armueso.

(Sale MARISOL.)

Mar. Que ahora mismito bajan.

Bárb. Echa pa alante, niña.

Mar. (Suspirando.) ¡Ay, cómo me gustaría ser miyonaria pa yevá esos tules y esas seas! (Vanse por segunda derecha.)

Char. Tantas cosas como veníamos pensando en el viaje para desirles y ahora me quedé muda, ¿no?

Pancho Es natural; la emoción.

Man. Y qué, ¿traeréis apetito? (Abriendo mucho la boca.)

Nog. Manuel.

Pancho Este siempre igual, ¿verdad?

Nog. Siempre; y desde que estamos en el campo, más. Ya te enteré que al morir el abuelo, y como nuestra situación en Madrid era bastante apurada, decidimos ocupar este caserón.

Man. Ya está aquí Candelas.

(Por segunda izquierda, CANDELAS. Disimula con la efusión de los abrazos, el dolor que tiene por la actitud de Juan María.)

Cand. ¡Tío Pancho!... ¡Charito!

Pancho Linda también, linda de veras, ¿no?

Nog. Y muy buena, Pancho, un ángel.

Char. (A Candelas.) Dejáme que te mire lo presiosa que estás.

Nog. ¿Y Juan María, Candelas?

Cand. Juan María... (Sin acabar la palabra rompe a llorar.)

Char. ¿Pero qué es eso? Qué tienes?

Pancho ¿Qué le corre? ¿porqué llora?

Nog. Ah, vamos, vamos. Ya sé lo que es. Manuel, sube tú y dile a mi hijo, de mi parte, que yo le mando que venga y que le perdono.

Man. Bueno, se lo diré; ahora veremos si él quiere.

Char. Es que entonces sería yo la que subiría a buscarle e iba bajar de una oreja como un parvulito. ¡Qué esperanza, ché!

Man. Hoy no se almuerza.

(Vase por segunda izquierda don Manuel. Don Juan se levanta, acaricia a Candelas y la lleva hasta segunda izquierda.)

Nog. Y tú, bobita, no llores más y anda a ver cómo se las entiende Bárbara en esa cocina.

(Vase Candelas y vuelve al centro don Juan.)

Pancho ¿Qué ha pasado?

Nog. No te cansaré repitiéndote lo que en todas las cartas te decía. Mi hijo no tiene enmienda. Ni estudia, ni trabaja, ni hace nada de provecho. He puesto todos los medios para conseguirlo y ¡nada! Cuando vino Candelas a casa se enamoraron y creí que iba a cambiar. Pero de pronto volvió a lo suyo. Tumbarse, dormir ó derrochar sin miramiento.

Pancho Buena piesa.

Char. Lindo no más. ¿Y dice usted, tío Juan, que Candelas y él?... (Mostrando un gran interés por ellos.)

Nog. Sí, han tenido sus amores. Amores de que él se cansó pronto, aun queriéndola, porque sé que la quiere.

Char. Y ella le quiere y no ha podido...

Pancho ¿Y a qué ha venido esto de quererse marchar?

Nog. Ofende decirlo, pero no hay más remedio. Hace un rato hemos tenido una disputa algo violenta; jugó, perdió dinero, han venido a reclamárselo... en fin, sus cosas, y al conminarle yo con que había de ganarse lo que gastaba, me ha dicho...

Pancho Dilo, no importa.

Nog. Que se marchaba para poner en venta lo único que tenía suyo. El título que nuestro padre le dejó.

Pancho Veo en ello la mano de Manuel.

Nog. Sí, ese otro loco...

Char. De modo que el señor marqués de los Arenales va en busca del dinero de una buena dote para no trabajar, ¿eh? ¡Rico tipo, ché!

Nog. Eso ha dicho; pero creo que no será capaz de hacerlo.

(Por segunda izquierda DON MANUEL con JUAN MARIA que trae el sombrero de paja en la mano.)

Man. Aquí está nuestro hombre.

Nog. Mira, hijo, la sorpresa que nos tenía reservada tu tío.

J. Mar. Hola, tío Pancho. (Dándoles la mano.) ¡Charito!

Pancho Abrazáme, hombre, que eso no cuesta trabajo.

(Juan María, al oir esta palabra, le mira retador.)

Char. Y si no es mucho pedir me abrasás también a mí, ¿no?

(Juan María los abraza.)

(Por segunda izquierda, con dirección al foro, CAMISILLA con dos maletas.)

Cam. ¿Ande yevo esto, señito?

Pancho ¿Qué es eso?

J. Mar. Que me voy.

Pancho ¿Y por qué?

J. Mar. Porque sí.

Pancho ¿Y tanta prisa te corre que haya de ser hoy mismo?

J. Mar. Ya que me he decidido, sí, hoy; ahora. (A Camisilla.) Lleva eso al coche.

Char. Esperáte chiquet, Y tú, Juan María, ¿querés escuchar?

J. Mar. Te escucho.

(Se aparta un poco de los demás personajes y dice con la energía de quien ha concebido una rápida resolución.)

Char. No sé como tomarás esto que te voy a desir, que parese en una mujer poco lindo, ¿sabes? Pero allá en América, las mujeres tienen una libertad espesial. ¿Me entendés?

J. Mar. Hasta ahora... no.

Char. Hasta ahora no, pero no vas a tardar mucho. Juan María, yo no he venido a España por el solo placer de pasearme, no: yo he venido con otro fin. Vengo a casarme no más.

J. Mar. ¿Tú?

Char. Contigo.

J. Mar. ¡Charito!

Char. Contigo. Lo he pensado muy bien y estoy resuelta y desidida. Eres feuchito, ¿no? pero eres simpaticón y eres marqués, ¡¡marqués!!

J. Mar. Pero...

Char. No te pido que me des la respuesta sin pensarla. Te tomás el tiempo que nesesitas para que desidas, pero... aquí, en tu casa, en nuestra casa.

J. Mar. No sé qué decirte, ni cómo voy a decirles a ellos que...

Char. A mí no tenés que desirme otra cosa más, sino que te quedas, ¿sabes? Y a ellos tam-

poco es menester que tú les digas nada. Nadie, ¿lo oyes?, nadie ha de saber una palabra de esto por ahora. ¿Conformes, no?

J. Mar. Conformes.

Char. (Volviéndose al grupo pero sin separarse de él.) Juan María se queda.

Pancho ¿Eh?

Nog. ¿Que te quedas, hijo?

J. Mar. (Mirando a Charito, cuyas manos tiene entre las suyas, y después de ver en sus ojos la confirmación que ella le otorga.) Sí, me quedo.

(Camisilla deja caer al suelo las maletas que llevaba y como una ráfaga de alegría pasa por la escena que dominará sobre todo la voz de Charito, que rompiendo a reir dice:)

Char. ¡Que esperansa!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

—

(En escena y tumbado junto a la ventana, duerme ¿cómo no?, DON MANUEL. De derecha a izquierda cruza BÁRBARA, que le llama.)

Bárb. Don Manué, don Manolito.

Man. (Despertando.) ¿Eh? ¿Qué pasa?

Bárb. Que son las siete e la tarde y lleva usté seis horas de siesta.

Man. ¿Y a tí qué?

Bárb. A mí ná, si no que ya es bastante dormí.

Man. ¡Bueno, bueno, ¡hala!, déjame en paz!

Bárb. Miste que va a vorvé la señita Rosario y como le vea a usté tumbao entavía, va habé que oirla.

Man. ¿Quieres largarte?

Bárb. Yo me largaré y osté se vorverá a dormí, pero como yegue la señita, me paese que no va a tené osté un buen despertá. Toa er agua der botijo va a sé poca pa su cabesa.

Man. Mira, salvaje, tú al fogón y a los demás nos dejas tranquilos. Y sabe de ahora para siempre, que si yo le he tolerado a mi sobrina ciertas bromas como la de ayer, de despertarme quemando en mis narices un periódico y diciendo ¡fuego! ¡fuego!, que maldita la gracia que tiene, ha sido por pura condescendencia y no por temor de ninguna especie. Conque vete a tus quehaceres y déjame a mí que duerma sin preocuparte

de la manera cómo voy a despertar. ¿Has entendido?

Bárb. He entendío, sí, señó, y ya me voy y que osté descanse, que falta le hase. (Con mucho retintín y haciendo mutis por segunda derecha.)

Man. Estamos frescos... y sí que la niña se las trae, pero conmigo... conmigo no... conmigo no juega... eso es... que... no... juega... (Quédase dormido.)

(Por primera izquierda PANCHO.)

Pancho Pero este hermano mío es una oruga. (Llamándole.) Manuel, Manuel...

Man. (Amenazándole.) O te vas al fogón o te... (Al verle.) ¡Ah!, ¿eres tú?

Pancho Yo soy, hombre; que ya dormiste bastante. Además, ahí debes estar incómodo.

Man. No lo creas, Panchito. Este patio tiene para el sueño una atracción poderosa. Por lo menos a mí me ocurre así.

Pancho ¿Pero tú no te ocupas en nada? Llevo aquí siete días y todo el trabajo que te he visto haser (Don Manuel se despereza cómicamente.) es ese; desperezarte.

Man. ¿Y te parece poco? Además, mi trabajo es de silencio, de recogimiento; y desde que vinísteis vosotros y sobre todo Charito, aquí no hay medio de ensimismarse para el trabajo. Yo soy un intelectual.

Pancho Ya me ha dicho Juan que hases versos.

Man. Maravillosos. ¿Quieres conocer algunos?

Pancho No, francamente; estoy tan hecho a la prosa del trabajo, que todas las gandulerías, aunque sean en verso, me molestan.

Man. Pancho, me has llamado gandúl.

Pancho Con bastante sentimiento, no creas; pero es lamentable que un hombre joven todavía como tú eres, con una carrera terminada y conosiendo las necesidades de la casa, no le dé mejor empleo a su tiempo.

Man. Mira, mira, millonario, en vez de predicar en desierto, señálame una rentecita saneada... y déjame dormir...

Pancho Eres incorregible, ché.

Man. Bueno, déjame que duerma, ché. (Le vuelve la espalda y reanuda su sueño.)

(Por foro DON JUAN NOGUERA.)

Nog. Dios te guarde, Pancho.

Pancho ¿Muy cansado?

Nog. Un poco. ¿Y los chicos?

Pancho Salieron. Charito quiso ver las cuevas y a poco de almorsar montaron en el auto y fueron hasia allá.

Nog. Tu hija me tiene encantado. Lo que hace con Juan María...

Pancho Y ya verás, ya verás.

Nog. Desde que estáis aquí, Juan María es otro. No hay día que le hayan dado las diez en la cama; él, que se levantaba para almorzar a las doce o a la una.

Man. Y a ver quién es el valiente que duerme por las mañanas. A Charito le da por aporrear el piano desde que amanece.

Nog. Ah, pero ¿estabas ahí? Luego no se si habrás notado que empieza a cuidarse de su persona. Se afeita cada día, lleva las botas como espejos, y los trajes sin el abandono en que antes los tenía. Y todo haciéndoselo el.

Pancho De otro modo no tendría mérito.

Nog. Me hizo gracia lo del domingo. Estaba ilusionado con ir en vuestro auto a misa con Charito, y, como de costumbre dejó, los zapatos y la ropa en una silla en la puerta de su cuarto, para que Candelas o Bárbara se las limpiara. La misa era a las diez. A las nueve y media aún dormía. Tu hija le llamó avisándole la hora, y Juan María se cuidó de plancharse bien el pelo, de perfumarse, de ponerse en los dedos las cuatro alhajitas que aun conserva, y todo muy calmosamente, en la seguridad de que ropa y calzado estarían limpios. Figúrate su sorpresa al verlos tal y como los dejó. ¡Bárbara! ¡Candelas! comenzó a gritar, y en esto, Charito, que ya sentada en el auto, hacía sonar la bocina. Ni Candelas ni Bárbara respondieron, que Charito tuvo buen cuidado de alejarlas, y allí tenías que ver a mi hijo, que ignoraba hasta que existieran los cepillos, dándole con una furia a los zapatos... Ja, ja, ja.

Pancho Ja, ja, ja.

Man. Muy bonito, y sobre todo muy gracioso. (Remedándole.) Ja, ja y ja.

Pancho Ya te dije que cambiaría.

Man. (Aparte.) Hasta que pesque tus millones.

Nog. Figúrate la gratitud que voy a deberos. Y lo que siento es no poder demostrárosla de otra manera que haciendo cuanto pidáis.

Pancho Ya sé por Charito que a la menor indicación suya, admitiste en la casa a esa mujer.

Nog. ¿La madre de Camisilla? Era un caso de conciencia. La pobre dió a luz anteayer en una covacha, sin alimento, sin cuidados. El hijo mayor, Camisilla, está desde hace unos días a nuestro servicio, por él se enteró Charito, se compadeció y a ella, exclusivamente a ella, debe la infeliz el estar en la casa.

Pancho Tardan ya demasiado, ¿no?

Nog. ¿A que hora se fueron?

Pancho A las dos. Voy a salir al campo a ver si los veo.

Nog. Voy contigo

Man. Gracias á Dios. (Creyendo que le van a dejar dormir.)

Pancho No, no lo consiento. Descansa.

Nog. Es por no quedarme aquí solo.

(Por primera derecha CANDELAS.)

Cand. Tío Juan.

Man. Bueno va. (Desesperado.)

Pancho Ea, ya tienes quien te haga compañía. (Vase por foro.)

Cand. Pero tío Manuel, aún está usted durmiendo?

Nog. No le despiertes hija, no le despiertes. Trabaja en sueños.

Cand. Valgame Dios; y siempre lo mismo.

Nog. Bueno, ¿y a ti qué te pasa? Llevas unos días con una cara y un ceño de disgusto.

Cand. Nada, nada, no me pasa nada.

Nog. ¿Mentirosilla también?

Cand. Se lo juro.

Nog. Celitos.

Cand. No.

Nog. Sí. A mí no me engañas. Mira, (Señalándose el pelo.) casi blanco.

Cand. Pues yo le juro a usted...

Nog. Que afán tenéis todas las mujeres de jurar lo contrario de lo que sentís. Basta que una de vosotras diga: «Te juro que no le quiero», para que pensemos: «Está loca por él.»

Cand Pues yo de verdad...

Nog. De verdad, de verdad... estás disgustada. Juan María va a misa con Charito, Juan Ma-

ría habla mucho con Charito y a Candelas eso no le agrada.

Cand. No señor, no es que no me agrade, es que no me importa.

Nog. Muy bien, muy bien... De modo que no te importa. Entonces es que ya no le quieres.

Cand. Como quererle...

Nog. Pues mira, nena mía, para tranquilizarte te voy a decir, que ni Charito ha pensado en Juan María, ni Juan María se podía permitir pensar en Charito para lo que tú crees.

Man. Que te crees tú eso.

Nog. ¿Eh?

Cand. Ya le he dicho a usted que no me importa nada. Al fin y al cabo Juan María, ¡no había de ser nunca para mí!

Nog. Eso es una tontería.

Cand. Por lo visto soy yo muy poco para él.

Nog. Y eso es una inconveniencia. Qué más quisiera mi hijo que encontrar una mujer que reuniera las condiciones que tú. Y ahora soy yo el que te hablo en serio, Candelas; el que hasta ahora ha sido muy poco para tí, es él. Afortunadamente va cambiando y eso es lo que nunca agradeceremos bastante a Charito, que si por muchos motivos había de bendecir la hora en que llegaron a esta casa, por ese...

Man. (Aparte.) Pero mi hermano es tonto de la cabeza.

Cand. Por eso podrán bendecirlo usted y él y todos... nunca yo.

Nog. ¿Qué dices?

Cand. Que yo no sé si es él quien la enamora a ella o es ella la que está enamorándole a él, pero que a Juan María lo he perdido para siempre eso sí que lo sé.

Nog. ¿Pero estás loca?

Cand. Juan María no se marchó aquella mañana porque ella le detuvo.

Nog. Es verdad.

Cand. Y Juan María hace lo que hace porque ella se lo manda.

Nog. También es verdad.

Cand. Y si desde entonces Juan María no ha cruzado la palabra conmigo, y al encontrarme huye de mí, es porque ella se lo manda también.

Nog. Eso, no.

Cand. Eso sí, tío Juan; que usted no ve más que por sus ojos de padre, pero yo lo veo por los de mi cariño y sé que me lo quitan, que me lo quitan.

Nog. Lograrás que me enfade.

Cand. No, no, señor; no me haga usted caso.

Nog. Yo le hablaré a Juan María y a Charito.

Cand. No, eso sí que no; eso sí que no.

Nog. Pero, ¿por qué?

Cand. Porque no, porque ha sido una tontería lo que yo he dicho... porque, aunque lo haya dicho, no pienso así.

Man. Pero, ¿os queréis ir a otra parte y dejarme descansar?

(Por foro CAMISIYA.)

Cam. Ya vienen, ya vienen pa acá. Y anda qué grasia. Er señó don Pancho se ha dío por lo Rosales a buscarlos y eyos vienen por er camino reá.

Nog. Pues vé tú a avisar a don Pancho.

Cam. No jase farta; si se habrá encontrao a la Marisoliya, que s'ha dío a la fuente a mirase er peinado, porque como e tan presumía, y yo le he roto el espejo... (Asomándose a la cancela.) Ya están aquí.

Cand. Bueno, yo me voy, tío Juan.

Nog. ¿A dónde?

Cand. Arriba... que tengo que hacer. (Vase por segunda derecha.)

Cam. ¿Sabe osté, don Juan, cómo le hemos puesto en er campo a la señita Rosario?

Nog. ¿Cómo?

Cam. Rayito de sol. Se lo ha puesto el manijero, porque dise que da resplandor por donde pasa.

Man. (Levantándose trabajosamente.) Ahuequemos el ala antes que nos la haga ahuecar el rayito de sol que dice este otro bestia. (Vase por primera izquierda.)

(Por foro CHARITO y JUAN MARIA.)

Char. Hola, tío Juan.

J. Mar. Hola, papá. (Dejándose caer en la primera silla que encuentre.) ¡Ah, gracias a Dios!

Char. Cá, eso sí que no. (Levantándole por las solapas.) Sentarse ahora y aquí a la corriente y tan sudando. Tú no te querés bien, Juan María.

J. Mar. Ay, Charito, por Dios, que la que estoy viendo que no me quieres eres tú.

Nog. ¿Pero tan cansados venís?

J. Mar. Cansadísimos. Dos kilómetros a pie y cuesta arriba, y cinco cuesta abajo.

Nog. ¿No fuísteis en auto?

Char. Sí, pero a la mitad del camino nos quedamos sin gasolina y mientras el lacayo fué a por ella al pueblesito inmediato, este y yo desidimos subir a pie a las Cuevas.

J. Mar. Lo decidiste tú.

Char. Y a ti teparesió de perlas, y no me digas, ché, que el camino es espléndido. Qué de rosas y cómo se crían entre los sarsales. Enséñale las manos a tu padre, Juan María.

J. Mar. (Mostrándole la mano vendada.) Mire usted.

Nog. ¡Qué de arañazos!

Char. Había entre las peñas una rosa encarnada hermosísima. (Señala la que trae en el pecho.) Esta.

J. Mar. Se le antojó a... esta.

Char. Y Juan María, que es muy galante, trepó al peñasco, metió el braso entre los sarsales, alargó la mano, y aquí está

J. Mar. Y aquí está la mano hecha cisco también.

Char. Quejáte, ensima de que he sido yo quien te la he curado.

Cam. Mañana me doy yo con la cabesa contra un pedrusco pa que usté me cure.

Char. Hola pebete; ¿estabas aquí? No te había visto. ¿Y tu madre?

Cam. Bendisiéndola a osté.

Char. Ja, ja; ¿y el pequeño?

Cam. Yorando que se las pela. No quié más que le estén mesiendo. Ni que fuera hijo de don Manolito.

Char. Habrase visto holgasán. Ja, ja. (Al ver que se sienta Juan María.) Tú, no te sientes. (Y al ver que se va Camisiya.) Y tú no te vayas. Acompaña al señorito Juan María al automóvil, tomá los paquetes que hay y él te dirá dónde tenés que dejarlos, ¿sabes?

Cam. Sí, señita; lo que osté mande.

J. Mar. Pero, Charito, mujer, si eso lo puede hacer él solo.

Char. No, que es muy bruto y se va a equivocar.

J. Mar. (Con mal llevada resignación.) Bueno. (Vanse por foro los dos.)

Nog. ¿De compras?
Char. Sí, unas cosiyas sin importansia; ¿y papá?
Nog. Salió a buscaros.
Char. Bueno, tío Juan, si algún día vuelvo con algún braso roto ha sido Juan María. Va a acabar por odiarme.
Nog. Mientras te bendigamos los demás...
Char. Había gasolina en el depósito, ¿sabe? Solo que por haserle andar un poco y que se desentumesiese, combiné la parada. Sudó enormemente, pero llegó a las Cuevas. Allí, con la esperansa de que el auto subiría y bajaríamos en él, tampoco le dejé descansar, y cuando le dije que haríamos la vuelta a pie, temí que me pegase; ¡qué cara puso! (Por foro, JUAN MARIA, cargado de paquetes.)
J. Mar. Mira la gracia del bruto. En cuanto cogió el biberón y esos trapillos que traías para su madre, salió corriendo a llevárselos y me dejó con todos estos paquetes.
Char. Bueno, pues como ya no los vas a dejar aquí súbelos a mi cuarto.
J. Mar. ¡Charito!
Nog. (Cogiéndolos.) No, deja; los subiré yo.
Char. ¿Usted?
Nog. Sí, mujer. Trae. Precisamente tenía que subir a lavarme un poco. (Vase con ellos por segunda izquierda.)
Char. Pase por esta vez, pero tú debías ser el primero en no consentir que tu padre los tomara.
J. Mar. Charito, es que ya no puedo más. Es que son las siete de la tarde y desde las nueve de la mañana no me he sentado más que para comer.
Char. ¿Me he sentado yo?
J. Mar. No, hija; pero tú eres de hierro.
Char. Bueno, pues ahora, para que veas que no soy tirana, sentáte no mas.
J. Mar. ¡Ay!
Char. ¿Es lo único que se te ha ocurrido? (Imitándole.) ¡Ay, qué sonso, mi Dios!
J. Mar. Pero si no tengo alientos ni para hablar, Charito.
Char. Bueno, pues hablaré yo. Has sido un hombre de palabra. Te pedí que nadie supiera en absoluto de nuestros planes y hasta ahora...

J. Mar. Por mí...

Char. Ahora dime: ¿Te sabe mal, te violenta esta vida molesta que te hago llevar?

J. Mar. Mujer...

Char. No, con sinseridad; es lo único que te voy a exigir: que seas sinsero.

J. Mar. Pues la verdad: me cansa.

Char. ¿Nada más que cansarte?

J. Mar. Nada más.

Char. Entonses creo que te podrás acostumbrar a ella.

J. Mar. ¿Pero es que siempre vamos a...?

Char. Contesta a lo que te digo.

J. Mar. Sí.

Char. Fijáte en lo que me respondes, ché, que a mí no se me olvidan las palabras.

J. Mar. Ni a mí tampoco.

Char. Nos vamos entendiendo, Juan María. Y hasta voy dudando un poco de lo que me desían de ti.

J. Mar. ¿Qué te decían?

Char. Que por nada ni por nadie hubieras sido tú capás de mover una silla de aquí allá.

J. Mar. Eso...

Char. ¡La verdad!

J. Mar. Pues la verdad es que antes no lo hubiera hecho.

Char. Y ahora lo hases.

J. Mar. Lo hago.

Char. ¿Porque te lo mando yo?

J. Mar. Porque me lo mandas tú.

Char. ¿Tanto... te intereso?

J. Mar. Más de lo que tú crees.

Char. Y oye. ¿No ha habido nunca nadie... que te haya interesado como yo?

J. Mar. Nadie.

Char. ¿De... verdad?

(De izquierda a derecha cruza la escena CANDELAS. Juan María la mira y queda suspenso en su respuesta. Charito, comprendiendo, sonríe maliciosamente y se levanta.)

J. Mar. ¿Te vas?

Char. No.

J. Mar. ¿No crees que me interesas, Charito?

Char. Quisás sí, pero...

J. Mar. ¿Qué?

Char. (Después de vacilar un momento.) Nada.

(Por foro DON PANCHO y MARISOL.)

Pancho Lo dicho, chiquilla, lo dicho.

Char. Mírese qué bien acompañado viene mi viejo.

Pancho La sorprendí en plena coquetería. Se miraba en el cristal de la fuente a ver si era guapa, y en ves de desírselo el cristal del agua, se lo dije yo.

Char. ¿Qué te parese, Juan María?

Mar. Er señó don Pancho, que tenía ganas de burlarse de mí.

Pancho Como que tú no sabes de sobra lo linda que eres.

Char. Pero papá, que estoy yo delante.

Mar. ¿Sabe usté lo que m'ha dicho su papá, señita? (Con mucho énfasis.)

Char. ¿Qué te ha dicho?

Mar. ¿Lo digo?

Pancho Dilo mujer.

Mar. Pos que si yo quisiera, na más que usté se casase, se casaba él conmigo.

Char. ¡Marisol!

Pancho No la riñas, mujer; ha sido una chansa mía que yo la he gastado.

Char. Pero que ella se ha creído en serio sin duda.

Mar. ¿Yo, señita? (Ya atemorizada.)

Char. Tú, sí, tú. ¿Crees que no sabemos aquí del defecto que adoleses? ¿Quién te has llegado a figurar tú que eres?

Pancho Charito, hija.

Char. Dejáme, papá. Estaba buscando una ocasión para podérselo desir y tú mismo me la has proporsionado. ¿Qué humos y qué pretensiones son esas? Cuando se es lo que tú eres, por más presiosa que seas, que yo no te lo niego, se ha de abrir esa jaula de pajarillos locos que se tiene en la cabesa y echarlos a volar. Y una mujer, cuando es pobre y es honrada, no ha de tener más fantasía que el trabajo, ni más esperansa que un hombre que lo comparta con ella y que la sepa querer.

(Por derecha, CAMISILLA. Lleva un envoltorio de trapos en la mano.)

Cam. Duro, señita, duro con eya.

J. Mar. Tú, a lo tuyo.

Char. Dejále, Juan María, que ahora lo suyo está aquí.

Cam. Un artá le he dejasé a esta señita, si consigue que se le apaguen esas candelas.

Mar. Tú estabas muy bien ande estabas.

Cam. Y a tí, por lo visto, no te iba tampoco muy malamente.

Char. Bueno, a callar los dos. Y que esto no se repita de nuevo. Y ya lo sabes, Marisol, nada de soñar con prínsipes ni con grandesas, que los cuentos en que las pastoras llegaban a reinas ya no los leen más que los pebetes ni se los creen más que los sonsos. Aquí hay un hombre que te quiere, y es bueno y es honrado y es trabajador. Mira a ver si puedes quererlo también un poquito, que como pongais un poco de cariño donde ya hay voluntad para el trabajo y honradés para la vida, reiros de la plata y de los títulos, que de puro felises no vais a saber qué haser.

Cam. ¿Osté ha sío maestra de escuela, señita?

Char. (Riendo locamente.) Ja, ja... ¡Ay! ¿Tiene grasia, no?

Pancho La misma pregunta se me iba a ocurrir a mí si no te conosiera, mi hija.

Char. ¿Y a tí también se te ocurre, Juan María? Pues no eches en saco roto el discursito, ¿eh? (Al ver cómo Marisol y Camisiya disputan.) ¿Qué estais hablando vosotros ahí por lo bajo?

Mar. Nada, señita.

Cam. Diga osté que sí, señita.

Mar. (A Camisilla.) Como si no, porque lo que es eso...

Char. (Fijándose en el envoltorio de trapos.) ¿Qué es eso?

Cam. Esto... (Lo va a desenvolver, pero se detiene.) Güeno; pos, miste, estos son unos pañaliyos de mi hermanito, que como mi mare está así, que no pué moverse de la cama, pues yo le desía a esta que si quería hasé er favó de darles un jabón.

Mar. ¿Pañales yo?... y de criatura. Los lavará mi mare.

Char. Los lavarás tú. Digo, si es que no querés que los lave yo.

Mar. Eso, señita...

Char. Tú verás.

Mar. (Cogiéndolos, malhumorada.) Trae, trae...

Cam. Mujé, trátalos bien, que son nuevos.

Char. (Al ver que se va Marisol.) No, pero así no te vas. Te has de ir como has entrado aquí.

Muy alegre, muy satisfecha y muy orgullosa.

Pancho. Dejála ya, Charito.

Char. Es que quiero que se dé cuenta de que esto es más importante para ella que el mirarse a la fuente a ver si está linda y el oir las bobadas que tú le has dicho.

Pancho. Muchas gracias, mi hija.

Char. No hay de qué, mi viejo.

(Vase Marisol por segunda derecha, no pudiendo disimular su enojo pero queriendo fingirlo.)

Cam. Va más negra que er carbón, pero más suave que er tersiopelo. Anda, pa que te pongas moños. ¿Manda osté argo, señita.

Char. No, nada.

Cam. Pos que Dios se lo pague. (Vase por segunda derecha.)

Pancho. Y a mí, ¿me mandas algo, hija?

Char. Sí, señor, que me dé usted un beso.

Pancho. Poca cosa es. Tenlo.

Char. Muchas grasias, papá.

Pancho. No hay de qué, hija. (Vase por primera derecha.)

J. Mar. ¡Charito, Charito!

Char. (Deteniendo el abrazo que va a darle.) ¿Estás muy cansado, Juan María?

(Por foro, AMBROSIO.)

Amb. ¿Se pué pasá?

Char. Adelante.

Amb. Güenas noches.

Char. ¿Quién es?

J. Mar. Ambrosio, el manijero del cortijo, que viene a traerle a mi padre las cuentas.

Char. ¡Ah!

Amb. Si no le es a usté molesto, señorito, avisá a su papá.

J. Mar. No, hombre, no.

Amb. Es que traigo aquí un lío de números y cuentas que no me las entiendo.

J. Mar. Con tu permiso, Charito. (Al ir a marcharse le detiene ella.)

Char. Oye.

J. Mar. ¿Qué?

Char. Se me ocurre una cosa, ché.

J. Mar. Tú dirás.

Char. Que le des una sorpresa a tu padre.

J. Mar. ¿Cómo?

Char. Arreglando tú las cuentas con Ambrosio y llevándoselas hechas ya. ¿Te parese?

Amb. Y que se lo agradesería mucho, porque como ya es mu de noche, y er señó tié la vista cansá y vié tan rendío de su trabajo.

J. Mar. Es que yo, de números, Charito, ando como Ambrosio; te advierto que me voy a equivocar.

Char. Equivocado andabas hasta ahora y ya vas encarrilándote; además, no seás modesto, que ya sabemos lo listo que eres.

Amb. Y que osté lo diga, señorita; que na más que él quisiera iba a echar er pelo la casa é los Nogueras.

J. Mar. Charito, que yo...

Char. Chist... sin chistar... y además sin que se entere tu padre hasta que esté hecho.

Amb. ¿Vamos ar despacho, don Juan María?

J. Mar. Bueno, vamos al despacho. (Vanse por segunda izquierda.)

(Por segunda derecha MARISOL.)

Mar. Ya están lavaos los pañales.

Char. ¿Ves tú? Si parese que en tu vida has hecho otra cosa.

Mar. Búrlese usté también.

(También por segúnda derecha BARBARA.)

Bárb. Yo vengo a verlo; porque si no lo veo yo no lo creo. ¿Es verdá?

Char. Tú dirás el qué.

Bárb. (Cogiéndole a su hija las manos, en las que trae los trapos.) Pos sí que es verdá.

Mar. Bueno, bueno, mare; déjeme usté en pas.

Bárb. ¿Pero Marisoliya... pero te los has lavao tú sola?

Char. Ella sola y muy a gusto, ¿no?

Bárb. (Abrazándola.) ¡Hija de mi arma!

Char. Tampoco eso está bien, Bárbara.

Bárb. ¡Ay! osté perdone, señita, pero es que m'ha entrao una alegría...

Char. Pues no hay motivo, con que dejála que vaya a tenderlo y vete a preparar la cena, que ya va siendo hora.

Bárb. Sí, señita, sí, ahora mismito. (Vase por segunda derecha.)

Char. Y tú, ve a las caballerisas y pregúntale al chofer si llegó ya lo que encargué a la capital y que lo traiga.

(Vase por segunda derecha. Por primera izquierda, DON PANCHO con un gran legajo de papeles de oficio.)

Pancho — Mira, Charito, qué casualidad. Revolviendo unos papeles en el despacho del abuelo, encontré esto.

Char. — ¿El pleito?

Pancho — El mismo. Se conose que el abogado que llevaba el asunto se los dió a Juan, al desistir de seguirlo por falta de dinero, y allí estaba arrinconado.

Char. — ¿Y qué pensás haser con esto?

Pancho — Reanudar el pleito. Son terrenos que nos convendrían: lindan con un salto de agua que es muy poderoso, y una fábrica serca daría grandes rendimientos.

Char. — Me parese bien.

Pancho — Además, por lo que he ojeado, llevamos probabilidad de ganar.

(Por segunda izquierda DON MANUEL.)

Man. — ¿Se cena o no se cena?

Pancho — Son las siete y media, Manuel. Aún es pronto.

Man. — Claro, para vosotros que habeis merendado, es pronto, pero yo que estoy desde la una sin tomar nada...

Pancho — Eres el que menos podías notarlo, porque como desde las dos estás durmiendo...

Char. — (Que ha estado examinando los legajos.) Tío Manuel.

Man. — ¿Qué se te ofrece?

Char. — ¿Usted es abogado, no?

Man. — Pues claro que sí, rica.

Pancho — Solo que no ejerce.

Man. — Porque no tengo pleitos.

Char. — Yo tengo uno para usted.

Man — ¿Eh?

Pancho — Tenés razón; no había yo caído.

Man. — Pero, ¿qué dice esta pebeta?

Char. — Nada, que tengo un pleito.

(Por segunda derecha BARBARA, con una máquina de escribir, enfundada.)

Bárb. — Er cochero m'ha dao esto pa usté, señita.

Char. — ¡Ah, sí! Déjalo ahí.

Bárb. — ¡Uf! Lo que pesa. (La deja sobre una mesa que habrá cerca de la ventana.)

Char. — Pues sí, tío Manuel, tengo un pleito. Este de las fincas del abuelo que papá halló entre los legajos. Hay que estudiarlo y defenderlo. Conque prepárese usted a leerlo, ¿sabe?

Man. (Asustado.) ¿Que yo he de leer todo eso?

Char. Naturalmente. ¿Quién mejor?

Bárb. Pero, ¿osté sabe, señita, lo que nesesita er señó pa leerse eso?

Man. ¿Y tú sabes lo que debes hacer cuando estorbas?

Bárb. No he dicho ná. Pero las yaves de la alasena no las suerto yo aunque me ahorquen. (Vase por segunda derecha.)

Man. Mira, Charito, yo tengo un amigo...

Char. No hay más que hablar. Usted es de la familia y nadie más interesado en que esas tierras vuelvan a ser nuestras. Subimos a desírselo al tío Juan, papá?

Pancho. Como tú quieras. (Al ver el envoltorio.) Oye, ¿y qué es eso que han traído?

Char. Una máquina de escribir. Hacía falta en la casa.

Pancho Estás en todo, chiquilla mía. (Vanse por primera izquierda.)

Man. Me dan una ducha y no me impresiona tanto.

(Por segunda izquierda JUAN MARIA y AMBROSIO.)

Amb. ¿Ve usté, señorito, cómo salió?

J. Mar. Bueno, pues trae; ya las firmará mi padre y mañana vuelves por ellas.

Amb. Está muy bien. Hasta mañana y queen con Dios. (Vase por foro. Tío y sobrino se miran y exclaman:)

J. Mar. ¡Tío!

Man. ¡Sobrino!! (Y se dejan caer en dos sillas.)

J. Mar. Por suupesto, que yo así no resisto ni quince días. A mí me entierran.

Man. Y a mí me ahorcan.

J. Mar. No puedo más, no puedo más.

Man. Y tú, al fin y al cabo, pasas lo que pasas por lo que luego te espera; pero yo, ¿qué voy a sacar yo de tomarme ese trabajo? (Hay un silencio.)

J. Mar. ¡Tío Manuel!

Man. ¿Qué?

J. Mar. Yo no puedo seguir así. Y lo que es por hoy, no me da más la lata esa niña. Me meto en mi cuarto, cierro por dentro y no salgo ni a cenar.

Man. Oye, y si quieres dormirte, llévate esos legajos y léelos, que como no lo leas tú, lo que es yo...

J. Mar. ¿Cargar con eso?... Hasta mañana, tío. (Vase por segunda izquierda.)

Man. Bueno, pues ahí se quedan. Pegarme, no me van a pegar.

(Y sigue dejando los papeles a los que mira con horror. Por segunda derecha MARISOL y CAMISILLA. Este trae en brazos a un niño.)

Mar. Sí, señó. La primera y la úrtima. A mí no me mandes más ná.

Cam. No me mandes rencó, mujé; que tó lo que hago es por quererte con fatiga.

Mar. Pero, señó, ¿de qué modo hay que desirte a ti las cosas?

Cam. ¿A mí? Pos mu sensiyo. Mira, si me vas a desí que sí, te asercas aquí, al oído, pegas bien los labios para que no se escape ni er puntito de la i, y en er tono que quieras me lo dises, que yo, como te aserques, aunque no lo digas, te entiendo.

Mar. ¿Y si te ví a desí que no?

Cam. Entonses te cayas y no lo dises de ninguna manera.

Mar. (Recordando, con coraje.) Mira que haserme a mí lavá... a mí.

Cam. ¡Josú, qué pecao más grande!

Mar. Y totá, pa lo que me lo han agradesío.

Cam. Eso sí que no, Marisol, que hasta er nene, que mírale, pobresito, con dies días ná más en er mundo, ya te está echando sonrisiyas.

Mar. Quitá allá. Déjame a mí de tontás.

Cam. Oye. ¡Chist! Cuando tengamos nosotros nueve como éste.

Mar. Josú.

Cam. Nueve o diez y nueve, que por mí...

(Dentro se oye la voz de BARBARA.)

Bárb. (Gritando.) ¡Camisiya!

Cam. ¡Voy! Tu mare. Oye... aguanta aquí esto un poquito.

Mar. ¿Yo?

Cam. Tú, sí, mujé, tú.

Mar. Vamos, quita de ahí.

Cam. Es un menuto na má, mujé. Ten. (Queriendo dárselo.) Le agarras así, como yo, y verás qué cayaíto se está.

Mar. Que no, he dicho.

Bárb. (Dentro, más fuerte.) ¡Camisiya!

Cam. ¡Voy!... Vamo, mujé, que tengo que salí

ar relente, y si salgo con esta criaturita se va a constipar.

Mar. Y si yora, ¿qué hago yo si yora?

Cam. Pos si yora, conque le cantes una nana, se duerme.

Mar. ¿Una nana? ¿Pero tú te crees que yo sé cantá esas cosas?

Cam. Amos, no digas eso, que no hay mujé que teniendo un niño en brasos, no se le ocurra qué cantarle. (Y lo deja en los de Marisol.)

Bárb. ¡Camisiyaaaaa!

Cam. ¡Voooooy! (Y vase corriendo.)

(Queda Marisol en cómica actitud, con la criatura como si fuese un trapo, paseándole torpemente por la escena. Después de una pausa por, segunda izquierda CHARITO y JUAN MARIA.)

Char. ¿Lo que menos esperabas tú era encontrarme en tu cuarto, no?

J. Mar. Sí, efectivamente, no creí encontrarte allí.

Char. Fuí a ver cómo tenías aquello. Comprenderás que me he de interesar por lo tuyo, ¿eh?

J. Mar. (Viendo la máquina.) Oye, ¿qué es esto? ¿Una maquina?

Char. ¿Sabes manejarla?

J. Mar. Un poco.

Char. A ver. (La escena ha debido quedar a oscuras. Charito descorre la cortina del ventanal y un rayo de luna que penetra por él ilumina la mesa donde escribe Juan María.) ¿Qué has puesto?

J. Mar. ¿Qué iba a poner? Tu nombre.

Char. (Deletreando lo que escribe.) Cha... ri... to... Ca... ri... ño... Te... quie... ro... Can... de... las...

(Lejos se siente el sonar de una guitarra y una voz de hombre canta esta copla.)

Hiciste como Jesús;
dormía estaba mi arma
la resusitastes tú.

(La música de la guitarra sigue, cada vez máz cerca hasta el final del acto. El rayo de luna que penetra por la ventana ilumina ahora los dos grupos. Marisol mece al niño.)

Char. ¿Qué música es esa?

J. Mar. Son los trabajadores que vienen del campo. Siempre vuelven cantando.

Char. Esta noche me copiarás unas letras de esas canciones populares, ¿no?

J. Mar. Sí, como quieras; pero es el caso que esta noche yo tenía que salir con unos amigos.

Char. No, Juan María, esta noche, después de senar, te acuestas y duermes, porque mañana bien temprano... a la hora en que se va tu padre al campo a vigilar el trabajo, vas a ir tú en vez de él.

J. Mar. ¡Charil...

Char. Te lo pido yo. Juan María.

(Por primera derecha, CANDELAS y DON JUAN, que quedan en el dintel de la puerta.)

Mar. (Entona a media voz.)

Nana, nana, nanita,
nanita, ea,
duerme, niño chiquito,
que yo lo vea.

(Y sigue hasta el final del acto.)

Cand. ¿Lo ve usted, tío Juan? Siempre con él. Yo no puedo más.

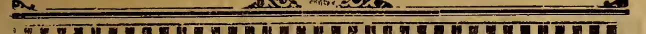
Nog. (Deteniéndola.) No, nenita, déjale, que está aprendiendo a ser hombre.

(Casi simultáneamente, por segunda derecha, BARBARA, y tras ella, ganándola la delantera, CAMISILLA.)

Bárb. Marisol...

Cam. Déjela osté ahora, señora... que está aprendiendo a sé mujé. (Y rápidamente cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración

(En escena, sentados, PANCHO y DON JUAN NOGUERA; casi tumbado en una mecedora DON MANUEL y de pie AMBROSIO.)

Pancho Nada, desde luego me quedo con la finca.

Amb. ¿En los treinta mir duros?

Pancho Sí, sí; en las siento sincuenta mil pesetas.

Nog. ¿No te parece mucho, Pancho?

Pancho Al contrario, hombre.

Amb. Tiene razón er señó. Es casi de barde. Legua y media lo menos hay de terreno y tó sembrao, dando fruto. A más de que una ocasión así no se presente tóos los días.

Pancho No, si no hay más que hablar. Le dise usted al señor Conde que extienda el compromiso y me lo trae a firmar cuando quiera.

Amb. Cuando er señó mande.

Pancho Si es posible esta tarde mismo.

Amb. Pos en una escapá voy y vuervo. (Vase por foro.)

Nog. Me asombra ver cómo gastas el dinero, Pancho.

Man. Déjalo, que para eso lo tiene. Que gaste, que gaste.

Pancho En cosa de provecho siempre. Esa finca enclavada en lo mejor de la sierra, con agua abundante y con terreno laborable, es una gran adquisición. Charito y Juan María fueron ayer a verla y volvieron encantados. Y tu hijo ha sido el que más inclinó mi voluntad a la compra...

Man. Juan María es una arañita.

Nog. No sé a qué viene esa majadería.

Man. Yo sí lo sé y por eso la he dicho, y después de decirla, me vuelvo a callar.

Nog. Determinación que debías tomar siempre que no se hable contigo.

Man. Sí, ya sé que todo lo que yo digo ahora, molesta. Como que soy el único estorbo de la casa. Antes eramos dos; Juan María y yo; pero desde que el niño se ha transformado de persona en bestia...

Nog. ¡Manuel!

Man. Yo aplico ese calificativo a todo el desgraciado que trabaja.

Pancho Me obligarás a que ya que abusas de la debilidad de Juan, sea yo quien tome una determinasión seria.

Man. ¿Vas a echarme a la calle?

Pancho No he dicho eso.

Man. Porque era lo único que os faltaba hacer; pero nunca sería con menos motivo; que ahora no soy un ser inútil, que trabajo, sí, señor, trabajo.

Nog. ¿Tú?

Man. A menos que tú no conceptúes como trabajo el estudio que estoy haciendo de vuestro pleito.

Nog. Ah, vamos.

Man. Ah, vamos; pues no sé si sabrás que encerrado en mi cuarto, me paso las horas con la cabeza entre los papeles.

Nog. ¿Durmiendo?

Man. Leyendo, estudiando, empapándome bien, que así estoy yo, que he perdido en un mes siete kilos y pico.

Nog. No será porque no te alimentes, porque no pasa hora sin que suba Bárbara con la taza de caldo, con los huevos batidos o con el solomillo.

Man. Naturalmente; o es que te ibas a creer que iba yo a trabajar sin comer.

Pancho Dejále, Juan.

Man. Soy yo el que os dejo a vosotros. Y me largo a mi encierro a seros útil, a seros provechoso, a acabar de convertirme en bestia. Y no llamarme hasta la hora de cenar. Por más que si llamáis es inútil, porque ya sabéis que tomo la determinación de no contestar cuan-

do estoy trabajando con fe. (Ríen los dos.) No, no reirse, porque aunque no lo creáis, trabajo con fe y trabajo con ganas... con ganas... Y a propósito, ordena si quieres, que me suban un piscolabis para hacer fuerzas. Es lo menos que puedo pedir, que me alimentéis.

Nog. Sí, hombre, sí. Te lo subirán.

Man. Poca cosa, ¿eh? Una tortillita de jamón... unas chuletas... nada... una fruslería... Engañar el estómago no más, chés. (Vase por segunda derecha. Por primera derecha CHARITO.)

Char. ¿Dónde va el tio Manuel tan deprisa?

Pancho A trabajar, hija mía. ¿Te parece poco?

Nog. ¿Y tú dónde vas con esa cara tan risueña y ese gesto tan alegre?

Char. Pues nada menos que en busca de don Juan María Noguera, marqués de los Arenales, que desde la asotea lo he visto venir con su chaqueta al hombro.

(Por la ventana del foro JUAN MARIA en mangas de camisa y con la chaqueta al hombro.)

J. Mar. ¿Hay una sed de agua para un hombre que viene abrasado del sol del campo?

Char. ¿Fresca la quiere el caminante? (Acercándole una taza que habrá en la mesita.)

J. Mar. Difícil va a ser que llegue fresca a mis labios si antes la miran esos ojos.

Char. Pues pruebe usted a ver, que la taza está como la nieve.

J. Mar. Y el agua como la brasa.

Nog. ¿No entras, Juan María?

J. Mar. No, papá; aun me queda que hacer por acá.

Nog. Déjalo ya, hombre y descansa.

J. Mar. Luego cuando acabe.

Pancho Lo mismo da que lo acabes hoy que mañana; entra y descansa, no más.

J. Mar. No, señor; lo siento, pero no puedo complacerles.

Nog. ¿Tanta prisa te corre?

J. Mar. Como que una mujer me ha dicho: «Juan María, si tus brazos labrasen este pedazo de tierra, tu solo brazo, y al acabar no sintieras fatiga y estuvieras alegre, aquel día...»

Char. Calla...

J. Mar. Callaré porque tú me lo mandas, pero déjame decir que antes que el sol se ponga, habré labrado el pedazo de tierra, y no tengo fatiga y estoy contento.

Char. ¿Más agua, peregrino?

J. Mar. Aunque otra sed me llevo, no he de apagarla ahora porque aún es pronto. Tiempo habrá cuando el sol se ponga y esté el trabajo listo. Conque hasta luego. (Vase.)

Nog. Vé con Dios, hijo.

Char. (Que le ha seguido con la vista desde la ventana.) Voy a subir a verle desde la asotea. Si me nesesitan allá estoy. (Vase por primera derecha.)

Pancho Todo lo puede una mujer, Juan, y cuando ellas quieren hasen de nosotros lo que se les antoja.

Nog. No todas; la pobre Candelas quiso hacer lo mismo y ya ves.

Pancho Pero bueno; ¿qué es lo que le pasa a Candelas?

Nog. De ello quería hablarte.

Pancho ¿Acaso por Charito?

Nog. Sí.

Pancho Pero, ¿es que se figura que mi hija y Juan María...?

Nog. Sí.

Pancho Pues puedo asegurarte que no sé una palabra. Y nunca, nunca ha tenido Charito secretos para mí.

Nog. Yo, francamente, llegué a sospechar, lo confieso. Cuando Candelas, hace poco más de un mes, me insinuó su propósito de marcharse con su tía una temporada, estuve dispuesto a no acceder. Y fué tu hija la que logró convencerme de que a su prima le convenía estar fuera de aquí un mes o dos...

Pancho Que Charito te dijo...

Nog. Y entonces comenzaron mis sospechas, más firmes cada día al ver la intimidad cariñosa que entre ellos dos se estableció. He querido muchas veces romper este silencio que parecía complicidad, pero el egoísmo de padre al ver cómo iba debiendo a tu hija la regeneración de mi Juan María, me contuvo. Y si ha sucedido lo que nunca debió suceder, yo soy uno de los culpables.

Pancho Descuida, que yo lo sabré sierto.

Nog. Vas a hablarle a Charito.

Pancho Sí.

Nog. Pues óyelo todo: que aún hay más. Anteayer, de sobremesa, nos quedamos solos ella y yo; queriendo llevar la conversación a ese

terreno para convencerme del todo o desechar las sospechas, le indiqué a tu hija la necesidad que todos teníamos de que volviese a la casa Candelas y su respuesta me desconcertó: «Ya sé que no querrá venir, me dijo, pero vaya usted y tráigala aunque sea a la fuerza.»

Pancho Efectivamente, es muy extraño, pero yo lo sabré.

(Vase por primera derecha. Por segunda izquierda DON MANUEL.)

Man. Luego os quejáis de que haya huelgas.

Nog. Déjame, Manuel, que no estoy para bromas. (Vase por primera izquierda.)

Man. Iré yo mismo a la cocina y me freiré las chuletas. Mejor para mí. (Al ir hacia segunda derecha, le detiene BARBARA que sale. Dentro MARISOL.)

Bárb. ¿Ande va usté tan ligero, señó don Manuel?

Man. Extrañaríame no encontrarte.

Bárb. Pero don Manué de mis pecaos, si está usté suspirando por verme a ca momento der día. ¿A qué vienen esos aspavientos? ¿Qué quiere su mersé? ¿Un bocadiyo? Pos ví a yamá a mi niña pa que le ponga ar horno dos rajas de merlusa, que están pidiendo un paladá tan exquisito como er suyo.

Man. Oye, oye... pero, ¿es que tú también te vas a pitorrear?

Bárb. ¿Yo? ¡Várgame Dió! ¿Y por qué?

Man. (Con mucha sorna.) Por la guasa de las rajás de merluza y la requeteguasa de que me las haga tu niña.

Bárb. ¡Contestasión ar canto! (Se acerca a segunda derecha y grita.) ¡¡Marisol!!

Mar. (Desde dentro.) ¿Yama usté, mare?

Bárb. ¿Quiés hasé er favó de meter en er horno dos... (Mirándole socarronamente.) o tres... rajitas de merlusa y servírselas ar señó don Manué?

Man. Oye, tres, tres... o cuatro, es igual.

Mar. (Dentro.) Voy deseguidita que estoy mu ocupá, mare.

Bárb. ¿Lo ve usté?

Man. Lo que veo es que si la ocupación de tu niña es rizarse el pelo, meriendo a las diez de la noche.

(Por segunda derecha MARISOL secándose las manos

con el largo delantal, a medio peinar y en traje completamente de faena.)

Mar. ¿Ande está la merlusa, mare? (Al ver a don Manuel.) ¡Ay! osté perdone que me presente tan susia, pero estaba arjofifando er comeó. Han quedao las bardosas como espejos. Lo único que siento es que he tenío que dejá abiertas las ventanas pa que se sequen, y con el aire que s'ha levantao, me se van a poné perdíos de porvo los muebles. Pero no hay cuidao que antes de sená me quea tiempo pa limpiarlos, y mañana les daré una maniya de barní. Güeno... ¿ande está la merlusa?

Bárb. Entre dos platos soperos ensima der basá y debajo de la oya grande.

Mar. ¡Ay, Josú! y cuidao con er mieo que les tié usté a los gatos. (Bárbara mira a don Manuel y éste disimula) Lo esconde tó de un mó... (A don Manuel.) ¿Y no le gustaría a usté más que se la hisiera mu fritita, rebosá con su mijiya de huevo, o a la romana con su matita de pereji, a la marinera con su sarsa picantiya? Le advierto que de toas maneras la sé hasé.

Bárb. Anda vé y pónsela como tu quieras.

Man. Pónmela en un plato, pero prontito, ¿eh?

Mar. Lo que se dise en un abrí y serrá de ojos. Abra osté los ojos, y antes de que los sierre ya estoy yo aquí de vuerta. (Vase por segunda derecha.)

Bárb. ¿Ha visto usted?

Man. ¿Pero, esa es tu hija?

Bárb. La mismísima por obra y grasia de ese rayito de só que se nos ha metío en la casa. Y que yo no sé cómo ha sío, también es verdá, pero en un mé mi niña guisa, y lava, y friega y plancha... ¡un milagro de Dió, don Manué!

Man. Está visto que el único incorruptible soy yo... ¡Señoría!

Bárb. Y misté lo que es la pena; ahora cuando es una ayuda pa su mare, cuando podía yo descansá una miajiya, que bastante he trabajao en mi pajolera vía, ahora se la yevan.

Man. ¿Quién?

Bárb. ¿Quién ha de sé? Ese brutísimo de Camisiya que se empeñó, y pa mí que lo ha conseguío. Pero no ha sío por é, no, señó, que en eso defiendo yo a mi niña que se resistía

a quererlo por feo y por bruto, ha sío por eya, por eya, por esa benditísima señita de mi arma y de mi corasón.

Man. Te veo en los altares, Charito.

Bárb. Farta le hasía a usté que le echara una miraíta.

Man. ¿A mí? Ni el Papa, con ser el Papa, consiguen verme a mí trabajar. ¿Qué le voy a hacer? Yo creo que esto es una enfermedad... crónica, croniquísima.

Bárb. Pos no jure usté mucho, que como eya se empeñe... y quede usté con Dió y que no se le artere la indigestión. (Vase por primera derecha.)

(Por foro JUAN MARIA.)

J. Mar. Vaya, parece que se han puesto de acuerdo para no dejarme acabar en paz. ¿Dónde habré metido yo las cuentas de...? (Se dirige a la mesa y revuelve los papeles.)

Man. Yo saludaría.

J. Mar. (Sin volver la cabeza.) ¡Ah! no le había visto. ¡Hola!

Man. (Con sorna.) ¿Del campo?

J. Mar. Sí, déjeme que tengo prisa...

Man. Juan María, no te conozco.

J. Mar. Pues soy el mismo.

Man. ¡Uf! Cómo hueles a piara.

J. Mar. ¡Ah! ¡Aquí están! Pero están sin sumar, y ese hombre va a venir. (Se sienta y suma.) Y que es forzoso que se la lleven hoy mismo.

Man. (Paseando canta.)

La donna e movile
Cuan piuma al vento
Mutta di acento...

J. Mar. Más valía que hiciera usted el favor de ayudarme a sumar estas facturas.

Man. Estoy en ayunas.

J. Mar. Lo que está usted es en vagancia perpetua.

Man. Sí, señor, y no lo niego, ¡ea! En divina vagancia. Y además, os la estoy dando a todos con queso; ¿tú crees que cuando me encierro en mi cuarto es para estudiar el pleitecito dichoso? Pues, no, señor que apenas echo la aldaba me tumbo a la larga y duermo cuanto me place. Y el pleito me sirve de pretexto para domir y para comer y para no hacer nada.

J. Mar. Muy bonito, eso es muy bonito.

Man. Hombre, me faltaba que ahora vinieras tú a darme lecciones de moralidad. Si lo mío es bonito, lo que tú estás haciendo, ¿qué es?

J. Mar. ¡Tío Manuel!

Man. Yo finjo que trabajo para no trabajar, pero no con ninguna otra mira como tú. Lo mío es holgazanería, lo tuyo sinvergonzonería.

J. Mar. ¡Tío Manuel!

Man. ¿Pero vas a querer engañarme tú a mí también? ¿Vas a hacerme creer que le has tomado gusto al trabajo y que lo haces con fe?

J. Mar. Sí, señor; sí que lo hago con fe.

Man. Claro, y con esperanza.

J. Mar. Eso...

Man. Eso, eso es... la platita nueva de la pebeta, ¿no?

J. Mar. Pues se equivoca usted; que si es verdad que al principio lo hacía así, ahora no. Me gusta el trabajo, me distrae, y lo que siento es...

Man. Oye, que no te figures que por guardar el secreto te voy a pedir nada, ¿eh?

J. Mar. Vergüenza le debía dar a usted hablar así. (Por segunda derecha MARISOL con el servicio.)

Mar. ¡La merlusa! ¿La toma osté aquí o en su cuarto?

Man. En mi cuarto, hija...

Mar. Pues allá voy. (Vase por segunda izquierda.)

Man. Y agradece que no tenga ganas de incomodarme.

J. Mar. Puede usted hacer lo que quiera.

Man. Majadero, más que majadero... Vaya con el señorito... vaya... (Al ver a Marisol parada en el dintel de la puerta, le dice.) Vaya, vaya, que ya subo. (Vase por segunda izquierda.)

(Por la ventana asoma AMBROSIO.)

Amb. ¿Está eso, don Juan María?

J. Mar. Sí, entra.

Amb. A la paz de Dios. (Entra.)

J. Mar. Toma.

Amb. ¿Arreglás der tó?

J. Mar. Del todo. Y a ver si no te olvidas de lo que te encargué.

Amb. Ca, no señó, señorito. De paso que voy a un recáo de don Pancho, lo haré tó tar como osté mande.

J. Mar. Con ese dinero tienes bastante. Subes a Ve-

rillo y compras el sulfato, que las viñas andan un poco mustias; pagas el agua y de paso dices que vengan a arreglar la compresa. En Verillo mismo puedes ver a don Julián, y decirle que tenemos seis quintales de grano para vender, pero que ha de pagarlo un poco más y sin los envases.

Amb. Sí; sí, señó.

J. Mar. ¡Ah! Y a la gente de allá arriba que no se descuide, porque cuando menos lo piensen cojo el caballo y me planto allí.

Amb. Sí, señó.

J. Mar. Y nada más. Conque...

Amb. A mandá.

J. Mar. Adiós. (Vase por foro.)

(Juan María se levanta, va también hacia el foro después de coger la chaqueta que dejó al entrar sobre una silla, pero le detiene CANDELAS que sale por primera derecha.)

Cand. Juan María.

J. Mar. Perdona, Candelas, tengo...

Cand. No voy a molestarte más que un momento. ¿Has sido tú quien obligó al tío a irme a buscar?

J. Mar. No, no he sido yo.

Cand. Debí figurármelo. Me lo dijeron, pero no debí creerlo.

J. Mar. Sin embargo, aunque yo no se lo haya dicho, no he dejado de alegrarme de verte aquí otra vez.

Cand. No mientas, Juan María.

J. Mar. ¿Crees que te engaño?

Cand. Ya sé que no tienes necesidad de engañarme, y ahora menos que nunca. Pero por lo menos, ya que no te cuidas de decir la verdad a todos, debía quedarte para mí un poco de lástima. Bien poco te pido para lo mucho que me habías ofrecido.

J. Mar. ¡Eres toda una chiquilla!

Cand. Sí, soy toda una chiquilla, y tú necesitabas una que fuera toda una mujer, que te dominara, que consiguiera de tí lo que una chiquilla no podía lograr aunque pusiera en ello toda su alma. La has encontrado, y ya...

J. Mar. ¡Candelas!

Cand. No creas que voy a hacerte ahora una escena de lágrimas y de reproches. Tú eras

libre de hacer tu voluntad, y la has hecho. Que seas feliz y nada más.

J. Mar. Pero oye...

Cand. No...; lo único que quería saber es si habías sido tú el que pidió que volviera a casa. Como no has sido, ni tengo más que decirte, ni tienes más que decirme. (Cruza la escena y vase por primera izquierda. Juan María avanza unos pasos para detenerla, pero rápidamente se vuelve y vase por foro.)

(Por segunda derecha CAMISILLA.)

Cam. Apuntá en un papé me traigo la lesión que me dió esta mañana la señita. Y en cuantito la vea, se la suerto. (Saca de un bolsillo el papel.) Me parese a mí que no se me ha orvidao ná. (Leyendo.) Seña Bárbara... yo quiero a su hija... traspasao de amor tengo er corasón..., si usté, que es su mare, me niega su hija, no me suisido porque eso es ir contra Dios, pero que er río se sale de mare con mi yanto, eso sí se lo juro a osté por el amó de su hija y la salú de mi mare.

(Por primera izquierda BARBARA, que al verle gesticular dice:)

Bárb. ¿Te vas a meté a cómico, Camisiya?

Cam. ¡Josú! Eya... Güeno pos... aya va. Señá Bárbara.

Bárb. ¡Uy! ¿Qué te pasa que pones esa cara?

Cam. ¡Chist! Silensio y solemniá.

Bárb. Pero...

Cam. Silensio... Señá Bárbara.

Bárb. ¡Vamos a vé! ¿Qué?

Cam. (Muy rápido.) Traspa... traspa.. (Aparte.) ¡Ay! que se m'ha orvidao... (Recordando de nuevo.) Traspasao, eso, traspasao...

Bárb. ¿Pero qué estás disiendo?

Cam. Güeno, yo se lo suerto, sea como sea. (Muy enfático.) ¡Señá Bárbara!

Bárb. ¿Está de chunga er tiempo? ¡Anda con Dió, niño!

Cam. No señora... quien anda con Dió es er suisidio y tengo en traspaso el corasón como er yanto del río cuando sale su mare y si no me da su hija, osté que es su madre, por el amor de la hija de su madre y la salú de la madre de mi hija, de su madre... de mi madre... de su... de mi... de... ¡ay mi mi madre que lío me jecho!

Bárb. ¿Pero tú estás en tu juisio, Camisiya?

Cam. Yo no sé ni ande estoy, ni por donde voy, porque yo no me muevo de aquí sin desirle a osté, sin retóricas ni poesías, que a mí me trae hasiendo números su niña de osté y que o yo me caso con eya o que eya se casa conmigo; conque osté desidirá cuár de los dos camino es el mejó pa dir preparando los trapitos, avisá ar cura y escuchá de rodiyas er *dóminus in vobisco.*

Bárb. Pos vas a tené que sentarte si no te quiés cansá; que mi niña por ahora no ha pensao en casorios y que entoavía no sabemos quién va a ser el hombre, que a eya le agrade pa marío.

Cam. Señá Bárbara no arrime osté er argodón a la pórvora, que explota.

Bárb. Pero escucha, vamos a vé, ¿t'ha dicho mi niña que sí?

Cam. No, señora.

Bárb. ¿T'ha hablao de boda por un casuá?

Cam. No, señora.

Bárb. ¿Habéis acordao argo entre los dos respeto a eyo?

Cam. No, señora.

Bárb. Pos huerga lo demás.

Cam. No, señora.

Bárb. ¿Eh?

Cam. Que no señora, que no huerga, que yo me caso porque me tengo que casá y me caso con su niña porque es con su niña con quién me tengo que casá.

Bárb. ¿Con mi niña tú?

(Por segunda derecha MARISOL.)

Cam. Con su niña yo.

Bárb. Güeno pos (Viendo a Marisol.) aquí está mi niña; que lo diga eya.

Cam. Eso, que lo diga eya.

Bárb. Desíamos nosotros...

Mar. No hase farta, mare, que me repita osté lo que me sé de memoria.

Bárb. Pos entonses tú dirás.

Cam. Eso é; tú dirás... ¿qué dises?

Bárb. ¿Que sí o que no?

Cam. Señora; eso no se pregunta así. Eso se dise, ¿que sí, o que güeno?

Mar. Pos.., que sí, que güeno.

Bárb. ¡Várgame Dió! ¿Ha dicho que sí?

Cam. Y ha dicho que güeno.

Bárb. Pero, ¿ande vas tu a ir con ese animá?

Mar. Poco a poco, mare, que no hay pa tanto. Sí que muy guapo no é, ni muy listo tampoco, pero es güeno y es honrao y es trabajaor y como una mujé como yo no pué aspirar a otra cosa, pues me caso con é y no va a sobrá felicidá por toas partes, ¿he dicho argo?

Cam. Está bien, se ha aprendío de carreriya la lesión de la señita Rosario.

(Por primera derecha CHARITO que al oir su nombre se detiene y escucha.)

Mar. Y que lo digas mu arto; que hasta creo que son las mismísimas palabras que me dijo aquel día. Grabás las tengo y no se me puén orviá. Por eya he dejao de ser la mosita pinturera pa convertirme en la mujé de la casa. Eya me ha enseñao tóo lo que sé y a eya le debo lo que soy. Si he cambiao es por eya, si trabajo es por eya, y,si te quiero es por eya.

Bárb. Anda, chúpate esa, que te quiere po eya.

Mar. Y por él. Eso es, que también es verdá.

(Se adelanta Charito hasta llegar a ellos)

Char. Por él es únicamente por quién debés quererle.

Mar. ¡Várgame Dió! ¿Estaba usté ahí, señita?

Bárb. ¡Josú, si llegamos a está hablando mal de osté...

Cam. Si ya me estaba dando a mí en la narís ese prefume que echan las vírgenes en los artares.

Char. Guardate esas galanterías para tu novia y así le harás desmentirse de cuando desía que eras muy bruto. Y tú, (A Marisol.) ten presente que no me debés nada. No cambiaste antes porque te faltó una voluntad que te guiara, que se te impusiera, que te obligase a ser mujer. Y esa voluntad lo mismo que yo, podia haber sido tu madre, si no hubiera sido siempre tan madrasa o tu novio si entonses lo hubieras querido como ahora le querés.

Mar. ¡Ay! No, señita, que a osté se lo debo to.

Bárb. Hasta er novio.

Char. Bueno, como querás. Bárbara, ¿me hasés el favor de ir a llamar al señorito Juan María?

Bárb. Sí, señora, señita. (Vase por foro.)

Char. Y vosotros marcharse también.

Cam. Como osté mande, señita. (Yendose con ella hacia el foro.) Vente pa er jardín ahora que no está tu mare, que te vi a dar una cosa que tú no has probao nunca.

Mar. ¿Una cosa que yo no he probao?

Cam. Y que te va a sabé a gloria, aunque después me insurtes.

Mar. ¿Y qué es?

Cam. Esto. (Dándole un beso.)

Mar. ¡Sinvergüensa!

Cam. ¿Me insurtas? Señal que te supo a gloria. Toma otro. (Se van corriendo por el foro, él queriendo repetir el beso y ella esquivándolo.)

Char. Puesto que dise papá que lo sospechan, preferible es que sepan de una ves toda la verdad.

(Por primera izquierda con dirección a derecha cruza CANDELAS que al ver a Charito pretende retroceder.)

Cand. ¡Ah!

Char. No... espera, Candelas. ¿Por qué me huyes?

Cand. No es huirte. Es que como comprendo que no ha de serte muy agradable mi presencia...

Char. Eso te lo figuras tú, y quizás porque sea a ti a quien le suceda... A mí me es agradable la presencia de todos los de la casa.

Cand. ¿Incluso la mía?

Char. Incluso la tuya.

Cand. Sí, verdaderamente, tan poca cosa soy que ni aún os puede molestar el que yo esté aquí, junto a vosotros, viéndolo todo, sabiéndolo todo y teniendo que soportarlo todo.

Char. No sé a qué te puedes referir.

Cand. ¿Es que quieres oirme? ¿Es que aún no tienes bastante con habérmelo quitado que necesitas para gozarte más en tu obra, oir la queja y el dolor de mis propios labios?

Char. ¿Juan María?

Cand. Sí. Juan María.

Char. ¿Y dices que yo te le he quitado?

Cand. Tú, sí.

Char. ¿Pero era tuyo acaso?

Cand. Yo le quería con toda mi alma.

Char. ¿Y queriéndole tanto no has sabido defenderle?

Cand. No podía hacerlo contra ti.

Char. Si no es de mí, sino de él mismo de quien

tenías que defenderle. El mayor enemigo de Juan María, era el propio Juan María. Y todos los que le tuvieran un poco de afecto, un poco de voluntad, antes que vencerle a él debían dominar a su enemigo. Si no supiste o no pudiste conseguirlo yo no tengo la culpa.

Cand. Yo no entiendo de eso, Charito, eso allá vosotras las que sabéis mucho del mundo porque lo hábéis corrido mucho. Yo sólo sé que aquí en este rincón era feliz, y era feliz con él; que con sus defectos y sus faltas, le quería y que él también, a pesar de todo, me tenía un gran cariño.

Char. Y que toda la vida fuese un ser inútil, un vago despresiable, un hombre sin aspirasiones y sin ideales.

Cand. Yo le quería asi, y si así hubiese seguido siempre, siempre le hubiera querido también.

Char. Entonses si nada pusistes en él para atraerlo hasia ti, a nada de él tienes derecho. No se vive sólo de cariño, hay que poner algo más en la vida, Candelas.

Cand. Te repito que ni entiendo de eso, ni quiero entenderlo; y ya, ¿para qué me iba a servir?

Char. Por si acaso despertara el amor en ti otra vez.

Cand. Yo, ya no puedo querer.

Char. Eso desimos todas las mujeres cuando sufrimos un desengaño; nos parese que ya nunca podemos volver a querer y sin embargo...

Cand. Pues te juro que a él mismo, si volviese, no le querría como antes.

Char. Ni él a ti tampoco; pero no porque se os hubiera apagado el cariño, sino porque ni tú ves en él al Juan María de antes, ni él se quiere acordar de lo que fué. Y es que en esta casa, quisá porque estaba formada por hombres solos, y las únicas mujeres que en ella había, Bárbara y tú, no sabíais serlo, la sombra de una mujer hacía falta. Llegué yo a quien el mundo, ese mundo que tú dises ignorar, me enseñó a ser mujer, y como todas llevamos en el corasón algo de madro, y algo de novia, como madre quise ser de Marisol y la convertí en mujer, y como no-

via fuí de Juan María y lo hise hombre. Esa es mi obra, Candelas.

Cand. De la que puedes estar muy orgullosa.

Char. Y lo estoy.

Cand. Sobre todo en lo de Juan María.

Char. Sobre todo en eso, porque antes que yo no hubo otra mujer que lo consiguiera.

Cand. Quizás porque le faltaban tus millones.

Char. En nombre de él te perdono la ofensa que le hases. Pero ten la seguridad de que en este instante sabe Juan María que ni un sólo séntimo entra en mi dote y se casa conmigo.

Cand. Sí, si ya lo sé. Le tienes dominado, ¡es tuyo! ¡es tuyo! (Rompe a llorar.) ¡Es tuyo!

Char. Y tú eres mujer y le querés, y conosés el modo cómo otra mujer ha sabido arrancarte su cariño, y no se te corre más que romper a llorar disiendo: «¡Es tuyo! ¡Es tuyo!» ¡Bah!

Cand. Desembrújale de ese hechizo que le has dado. Vuélvele a mí, y a ver si sabiendo yo que es mío otra vez, puedes quitármelo. (Dice esto en un arranque de mujer y vase por foro izquierda. Hay un silencio que aprovecha Charito para ir a la mesa y mirar los papeles que escribió Juan María.)

(Por foro BÁRBARA.)

Bárb. De seguía viene, señita Rosario.

Char. Está bien, Bárbara. Gracias.

Bárb. Pos con permiso... (Va a marcharse por derecha.)

Char. No, más valía que se fuera usted al jardín. Andan por allí los chicos, están solos, se quieren... y anochece.

Bárb. Comprendío, señita; está csté en to. (Vase por foro.)

(Por derecha sale PANCHO.)

Pancho ¿Y Candelas, Charito?

Char. En, el jardín está, mi viejo. Vé tú y díselo todo. ¿sabes? ¡Todo! (Vase por foro. Charito le acompaña hasta la cancela, vuelveal centro y se sienta.)

(Por foro JUAN MARÍA.)

J. Mar. Sin tu recado, de vuelta venía ya, Charito.

Char. ¿Acabaste?

J. Mar. Hasta la linde del río llega el surco; y como los albañiles clavan en lo alto de la obra una bandera para decir a las gentes que hasta allí se llegó sin desgracia, al final del surco he plantado yo el esqueje de un clavel re-

ventón para que sus flores digan también a los caminantes: «Hasta aquí llegó la voluntad de un hombre, porque el amor de una mujer lo quiso.»

Char. Pues descansa, que si ganado lo tienes, no ha de tardar en dársete el premio que mereces.

J. Mar. ¿Lo sabrán hoy todo?

Char. Todo, Juan María, más de lo que sospechan ellos y de lo que crees tú. Lo sabrán todo y se alegrarán todos. Pero antes necesito que hablemos tu y yo muy despasio y muy serios.

J. Mar. Hablemos cuanto quieras, que siendo contigo...

Char. ¿Me prometes, Juan María, responder la verdad, sola la verdad, a lo que voy a preguntarte?

J. Mar. Te lo prometo.

Char. ¿Aunque fuera en contra de ti mismo, en contra de tus ideales, de tu sentimiento, de tu propia dignidad?

J. Mar. ¡Charito!

Char. Responde.

J. Mar. Te lo prometo.

Char. (A boca de jarro.) ¿Por qué me has querido a mí, Juan Maria?

(El se queda en silencio un instante.)

J. Mar. ¿Que por qué te he querido?

Char. ¿Ves cómo no eres sinsero? La respuesta la tenías en los labios porque la llevas hace tiempo en el pensamiento, y has preferido a desirla con la franquesa de la verdad, repetir mi pregunta para pensar la mentira.

J. Mar. Eso...

Char. ¡Eso... es! Pero si te duele desirla, quisá te cause más dolor que yo te lo diga. Tú me has querido, Juan María, porque soy rica, inmensamente rica.

J. Mar. No, no... eso no.

Char. Más me quema a mí los labios el desirlo que a ti el oído escucharlo. Pero es la verdad. Sin ella tú aquel día no hubieras retrosedido en tu idea, aunque la vida misma te hubiera hecho retroseder después. Y te quedaste en casa, y comensaste contrariando tu voluntad a obedeser mis caprichos, a doblegarte a mis mandatos, a convertirte por la

ambisión de tu vida, de señor en esclavo. ¿Por qué? No creas que lo atribuyo ni a bondad de tus sentimientos entonses, ni a poder de mi cariño. Eran mis millones, el porvenir de mis millones lo que domaba a la fieresilla rabiosa.

J. Mar. Me ofendes, Charito.

Char. Ahora sí que creo que te ofendas porque ya sabés lo que es dignidad. Antes no te pudo ofender ni el pensar la manera conque pretendías la conquista de mi plata. Me quisiste por ella y por ella comensó a cambiar tu vida. Confiesa que es verdad.

J. Mar. (Bajando la cabeza.) ¡Es verdad!

Char. Comprenderás que con esto tenía motivo más que suficiente para retirar la palabra que te había dado, ¿no?

J. Mar. No, no, eso no, Charito, eso no. Yo te pido perdón por aquel mal pensamiento que es ahora mi vergüenza mayor, pero...

Char. Dejáme hablar, que aún no he acabado. Necesito de ti otra verdad, otra confesión, y esta ha de ser más noble, porque es más del alma. Juan María, tu cariño de ahora ya no es ambisiones, de egoísmos, pero tampoco lleva toda la claridad que debe llevar un amor grande; hay en él gratitud, expiasión, remordimiento...

J. Mar. No...

Char. Sí; que tal ves por lo villano que fué tu pensar de entonses, el remordimiento y la expiasión te trajeron el querer de ahora; pero no soy yo sola la que vivo en tu corasón; hay alguien que con más derecho que yo, te podía exigir este cariño que por gratitud me das.

J. Mar. ¿Candelas? (Se le escapa el nombre de los labios.)

Char. Candelas, Juan María, Candelas, a la que ni aun cuando te segaba la ambisión pudiste arrancarte del pensamiento. ¿Te acuerdas del primer día de tu trabajo? Sobre esa máquina de escribir al teclar las letras, con ellas, y sin querer, pusiste su nombre.

(Por segunda izquierda DON JUAN.)

Nog. Charito... Juan María...

Char. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Nog. Que ahora en el jardín, Candelas...

J. Mar. ¿Qué? ¿Eh? ¿Qué le pasa a Candelas?

Nog. Nada, no ha sido nada, un pequeño desmayo que ya pasó. (Vase por foro.)

Char. (Deteniendo a Juan María que iba hacia el foro.) ¿Lo ves, Juan María? Es inútil que sigamos fingiendo. Ni tú me has querido a mí nunca, ni yo puedo quererte a ti tampoco.

J. Mar. ¿Qué dices, Charito?

Char. Lo que sabes tan bien como yo; lo que a esta hora deben saber ya todos en la casa, que ha sido el juego de nuestro cariño, una farsa en la que te hiso caer mi astusia de mujer. Olvídala, ya que por ella te hisiste hombre, y si al pensamiento te llegó en algún instante la idea de despresiar a Candelas por mí, olvídala también como yo he olvidado en este momento todos los que te he dicho que te quería.

J. Mar. ¿Me has mentido, Charito?

Char. Fuiste tú quien quisiste mentirme a mí, diciéndote: «¡Bah, es mujer y será como todas, fásil a nuestras farsas y a nuestros embustes!» Y no se te ocurrió pensar que el engañado podías ser tú y la engañadora esta mujersita que por primera vez ha fingido un amor que no sentía. (Con disimulada alegría le acompaña al foro.) Anda y vé tú mismo a desir a Candelas lo que ha debido oir de labios de mi viejo... que eres suyo, y es tuya. (Suavemente le acompaña hasta la cancela. En ella aparece DON PANCHO.)

Pancho Candelas te espera, Juan María.

Char. ¿Se lo dijiste todo, mi viejo?

Pancho Todo.

Char. (A Juan María.) Pues andáte, vé con ella y esperános allí, que ahora vamos nosotros. (Juan María vase por foro. Al quedarse sólos, Charito dice cogiendo las manos de su padre.) Es presiso, papá, que nos vayamos de aquí en seguida, en seguida, hoy mismo.

Pancho Pero, ¿por qué esa prisa, mi hija?

Char. (Rompiendo a llorar en brazos de su padre.) Por qué ha de ser, viejito? Porque la farsa no ha sido todo farsa, y yo me he enamorado de Juan María y soy más mujer que Candelas, y aún podría volvérselo a arrancar del corazón. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de J. Andrés de Prada

Tacita de plata.—Revista cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, con música del maestro Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

Riberica abajo.—Sainete en un acto, inspirado en una copla popular. Teatro Circo. Cádiz.

Amoríos.—Entremés en prosa. Teatro Principal. Cádiz.

La detective.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Ramón de Julián. Teatro de Verano. Cádiz.

El tren que vuelve.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Circo. Cádiz.

Del huerto vecino.—Comedia en un acto y en prosa. Teatro Cómico. Cádiz.

Luna de Mayo.—Monólogo en verso. Teatro Principal Cádiz.

El tren de los sueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Alvarez Quintero. Madrid.

El mentir de los viejos.—Sainete madrileño en un acto. Coliseo Imperial. Madrid.

Las fraguas.—Comedia dramática en dos actos y en prosa. Coliseo Imperial. Madrid.

Fatalismo.—Drama en un acto (Gran Guiñol). Coliseo Imperial. Madrid.

Alma de apache.—Drama policiaco en tres actos. Teatro Nuevo Apolo. Madrid.

La moza del llano.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Casta de ruines.—Drama en tres actos. Coliseo Imperial Madrid.

La mujer espía.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Las Espinacas.—(Consecuencia de «Los Gabrieles») en dos actos y en prosa. Teatro Infanta Isabel. Madrid.

Ensueños.—Comedia en dos actos y en prosa. Teatro Lara. Madrid.

La cogida del «Castizo».—Sainete madrileño en dos actos, en colaboración con Angel Caamaño. Teatro Cómico. Madrid.

El amigo Carvajal.—Juguete cómico en dos actos, en colaboración con Ricardo González del Toro. Teatro Lara. Madrid.

El hijo del otro.—Momento escénico en un acto. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Rosas de pasión.—Romance de amor en tres actos y un prólogo, en prosa. Teatro Eldorado. Barcelona.

Agüita de Mayo.—Entremés en prosa. Teatro de la Comedia. Barcelona.

Muñecas de papel.—Comedia en tres actos y en prosa. Odeón. Madrid.

Mientras el niño duerme...—Narración escénica en un acto. (Teatro de los Niños). Teatro de la Comedia.

Más allá del amor.—Comedia dramática en tres actos y en prosa.

Cásate... y verás.—Vódevil en tres actos, derivado de una obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura. Teatro Lara. Madrid.

El pícaro corazón.—Comedia en tres actos. Teatro Doré. Barcelona.

Una mujer que no miente.—Farsa cómica en tres actos. Compañía del Teatro Lara de Madrid.

En mitad del corazón.—Drama en tres actos, en colaboración con E. Gómez de Miguel. Compañía de Francisco Morano.

Toda una mujer.—Comedia en tres actos. Coliseo Imperial. Madrid.

Precio: DOS pesetas.